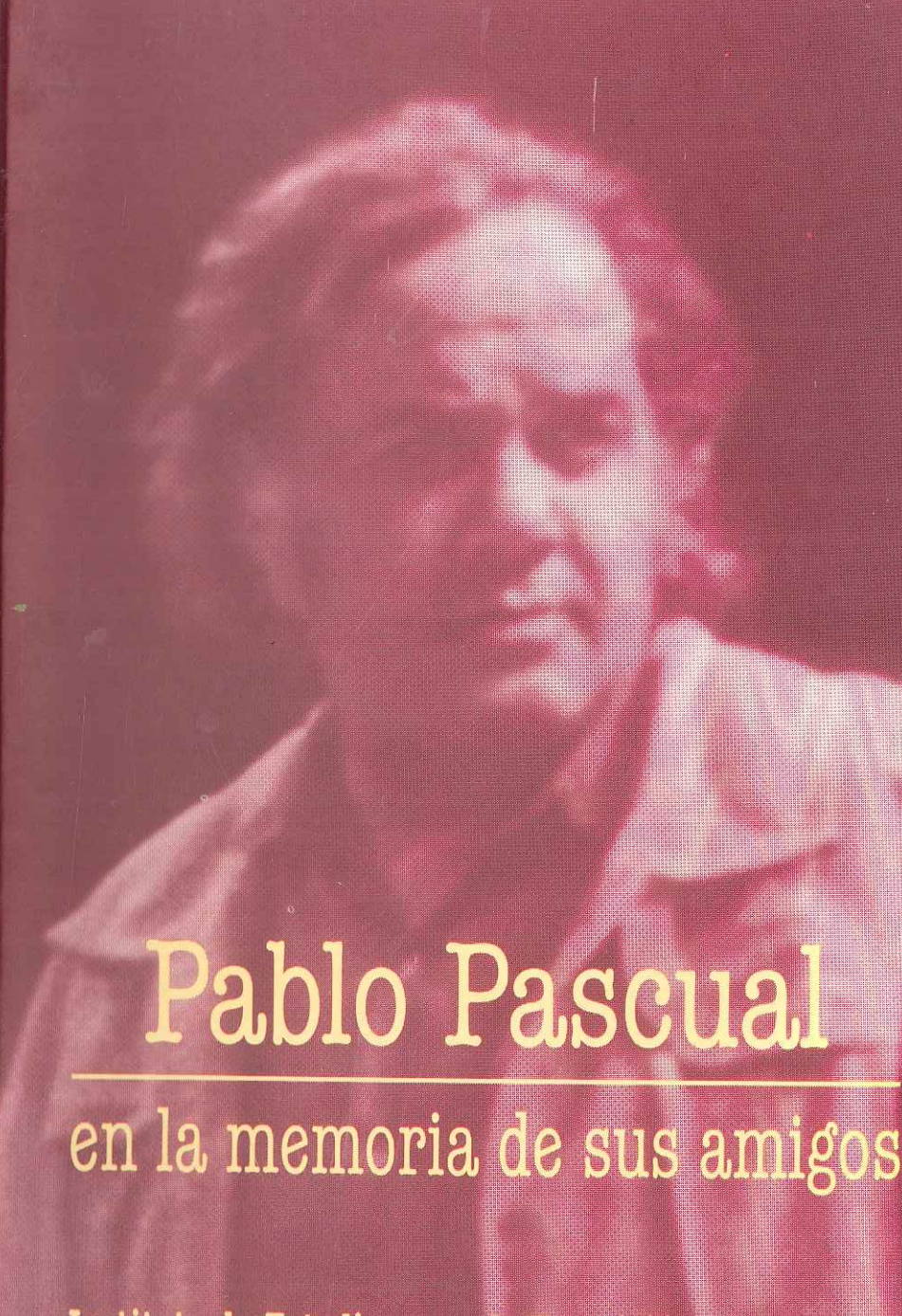


Pablo Pascual Moncayo (1944-1997) fue un mexicano comprometido con su país y con su tiempo. Dirigente sindical, diputado federal, promotor incansable de una izquierda moderna, era reconocido por su ingenio corrosivo y una generosidad que lindaba en la ternura. Las expresiones de tristeza con motivo de su muerte dieron cuenta del amplio arcoiris de posiciones y convicciones de quienes lo quisieron y se beneficiaron de su amistad. Este libro, sin querer ser exhaustivo, recoge los testimonios de algunos de los amigos en quienes Pablo sembró un afecto inapreciable. En diversos tonos y voces se recuperan destellos de su vida fructífera: singular y aleccionadoramente gozosa, en donde la creatividad política no estaba reñida con el talento agudo e incluso retozón. Es editado por el Instituto de Estudios para la Transición Democrática, del cual Pablo fue presidente y cuyos miembros lo recordamos con indeleble afecto.



Pablo Pascual

en la memoria de sus amigos

Instituto de Estudios para la Transición Democrática

NOTA EDITORIAL

En este pequeño libro hemos querido reunir los textos escritos en la prensa nacional en memoria de nuestro querido Pablo; recogemos también la mayor parte de las intervenciones del acto de homenaje que el Instituto de Estudios para la Transición Democrática le rindió el 6 de mayo en la Facultad de Economía de la UNAM, en el que participaron Juan Pablo Arroyo, director de la Facultad de Economía; Luis Salazar C., presidente del Instituto de Estudios para la Transición Democrática; Héctor Aguilar Camín, Gabriela Becerra, Rolando Cordera Campos, Jorge del Valle, Eliezer Morales Aragón, Adolfo Sánchez Rebolledo y Raúl Trejo Delarbre.

Agradecemos a todos los amigos que ayudaron para que esta publicación fuera posible: recopilando, revisando o corrigiendo el material escrito o prestando fotografías de sus no siempre ordenados archivos personales.

Agradecemos de manera especial a Rafael López Castro su valiosa opinión en el diseño, a Perspectiva Digital su apoyo en la fotomecánica y a José de Jesús Murillo su generoso trabajo en la edición.

Sirva esta publicación para recordar a nuestro inolvidable camarada Pablo Pascual Moncayo y reiterarles a sus seres más queridos, en particular a sus hijos Ana Laura, Pablo y Andrés, nuestro afecto y solidaridad.

Primera edición, octubre de 1997

Edición a cargo de Gabriela Becerra
y José de Jesús Murillo
Elsa Cadena colaboró en la recopilación
de textos y material fotográfico
Diseño gráfico: Alberto Cabrera

Foto de portada: Eloy Valtierra/Cuartoscuro

© Instituto de Estudios para la Transición Democrática
Av. Universidad 1923, Privada Chimalistac, Edificio E,
Depto. 2, Col. Oxtopulco, Universidad, Coyoacán 04310
Telfax 661 03 16

Impreso y hecho en México

Instituto de Estudios para la Transición Democrática
octubre de 1997

Pablo Pascual Moncayo

Aclaraciones

Yo formo parte de un grupo de amigos, muy amigos, que ya hemos recorrido un largo tramo de experiencias juntos, entre las cuales se encuentran de manera relevante las políticas.

Una de ellas fue la construcción del Movimiento de Acción Popular (MAP), el cual disolvimos para incorporarnos al PSUM, en el año de 1982. Desde aquella fecha el MAP se desintegró, y sus miembros seguimos haciendo política en diferentes lugares.

Sin embargo, las siglas del MAP se han mantenido vivas por nuestros detractores, quienes han sido en los hechos nuestros principales propagandistas. Ante numerosos acontecimientos nacionales levantan el fantasma del MAP y se inventan cosas, la mayoría falsas...

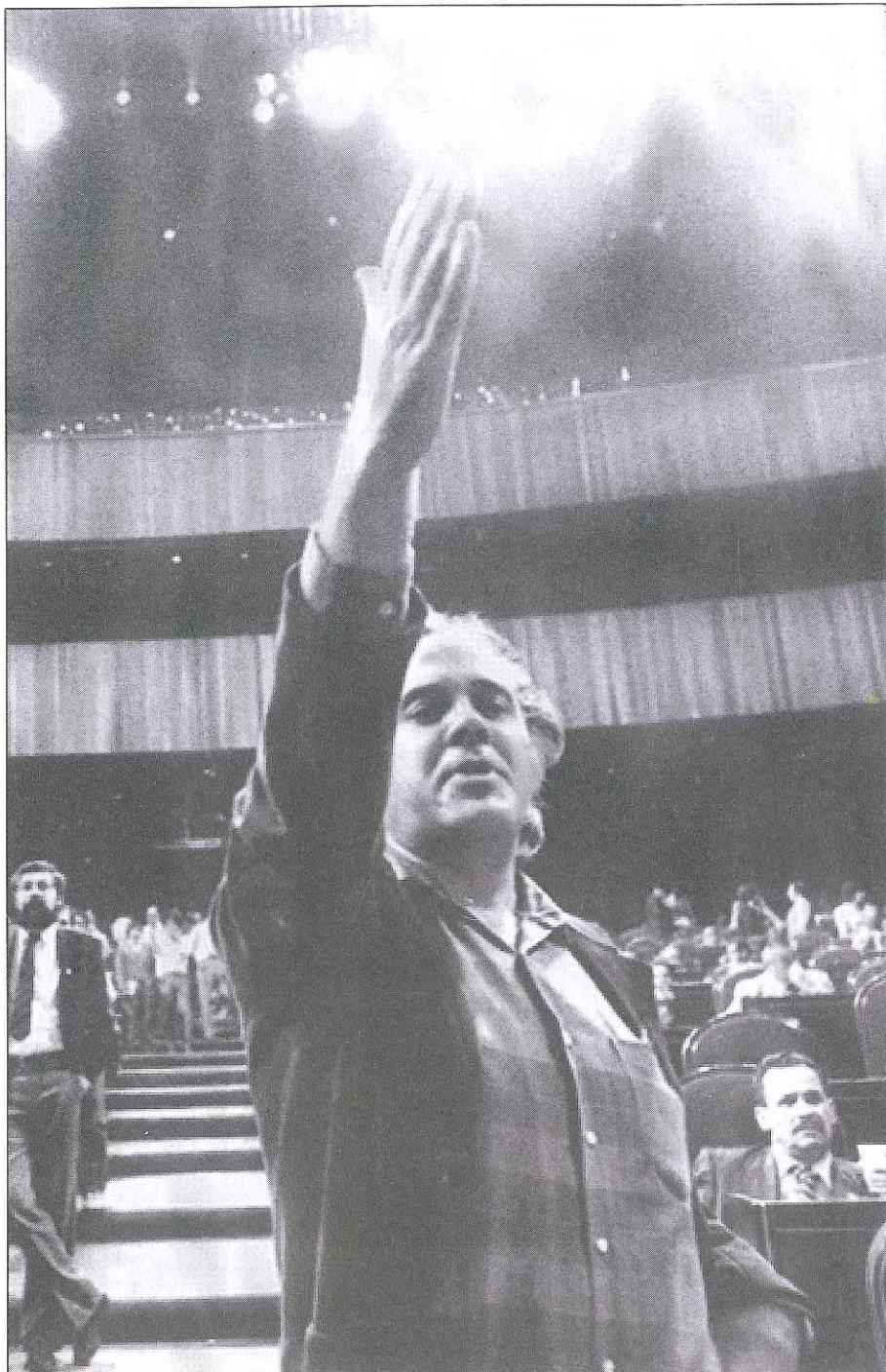
Por lo regular, nosotros mismos hacemos nuestros pronunciamientos sobre los asuntos que nos interesan y son importantes... Lo que sucede, por lo que seguimos siendo muy socorridos, es que entre el núcleo de amigos hay gente muy destacada en diferentes ámbitos...

Valga la aclaración, con el añadido que yo me siento muy orgulloso de haber pertenecido al MAP, además de privilegiado de tener los amigos que tengo.

unomásuno, 7 de octubre de 1996



Con Rolando Cordera, Arturo Whaley y Jorge Alcocer (1985)



“Para hechos”. En San Lázaro (1987)

Raúl Trejo Delarbre

Mi hermano Pablo Pascual

Es imposible resignarse ante la muerte de un amigo que nos enseñó y compartió tanto con nosotros, de manera tan intensa, el gusto por la vida. Pienso en Pablo Pascual Moncayo como el personaje vigorosamente vital que muchos tuvimos la suerte de conocer y querer y no consigo admitir que haya fallecido ayer lunes por la madrugada. Imagino las maneras despectivas con que hubiera desdeñado cualquier recordatorio fúnebre y no puedo sino sonreír, al recordar los desplantes verbales por los que era conocido entre sus amigos y en el mundo político en donde, más allá de partidos y siglas —aunque él tenía sus preferencias muy claras— era singularmente apreciado.

Pablo era un hombre con tan intensa pasión por la vida que por ello viajaba por doquier, devoraba películas, consumía novelas, degustaba vinos, quería a sus amigos y admiraba a las mujeres, con la misma vehemencia con que hacía política.

Participó muy destacadamente en la construcción del sindicalismo universitario, gracias al cual recorrió el país fundando y asesorando sindicatos y llegó a dar a la cárcel —afortunadamente muy pocos días— junto con

otros compañeros nuestros después de la huelga que hicimos en 1977 en la Universidad Nacional.

Luego formamos el MAP, el PSUM, el PMS.

Pablo fue diputado federal y en la Cámara desplegó la encantadora simpatía, entremezclada con devastadora crudeza, con que les decía las más terribles verdades a panistas y priístas —y desde luego a sus compañeros de partido— sin perder la expresión sarcástica. El estilo directo, aderezado con chascarrillos pero singularmente contundente cuando se trataba de dirimir discrepancias políticas, no le cancelaba amistades. Al contrario. Quienes compartieron con él circunstancias partidarias, legislativas o académicas aprendieron a estimarlo y a buscar sus opiniones lúcidas.

Cuando, junto con otros amigos, renunció al PRD, Pablo quedó al margen de la política activa aunque luego fue puntal del Instituto de Estudios para la Transición Democrática, del que fue presidente. Se afanó en la promoción del estudio de los nuevos cambios del país y destacó entre los organizadores de la observación electoral, pero lo suyo era la política real. Había abrevado en las lides estudiantiles en la Facultad de Economía, luego en el impulso a la organización social en colonias y más tarde en sindicatos. Aprendió, como varios de nosotros, de las crudezas e insuficiencias de la política mexicana junto a don Rafael Galván, el dirigente electricista del cual, sin lugar a dudas, era el preferido en el grupo de amigos que acudíamos a deliberar con él.

La democracia era método y, por lo pronto, meta en aquellos esfuerzos. Pablo hacía política por convicción y vocación. Inclusive ya fuera del circuito partidario, tenía

una notable sensibilidad para observar y analizar. No era casual que amigos suyos de diversas banderías políticas, lo frecuentaran para gozar su humor chispeante, pero también para aprovechar su escrutinio sagaz e intuitivo.

Pablo Pascual era un hombre de izquierda. Lo era por convencimiento y con sentimiento. No de la izquierda ortodoxa de la que, en sus momentos, discrepó notablemente, sino de esa vertiente política comprometida con la justicia, la igualdad, la democracia. No ambicionó tales coordenadas en abstracto. Trabajó por ellas siendo ejemplo de cómo era posible pugnar por el desarrollo de la sociedad sin amargarse la vida ni dejar de disfrutarla.

Si hacía y quería a la política, era por los principios programáticos que compartió en su trayecto por organizaciones y partidos y, sobre todo, porque era profundamente bueno. La vehemencia con que Pablo era capaz de arengar en un mitin o de responder sin medir consecuencias a una bravuconería, se derretía en ternura triste cuando veía a un niño pedir limosna en la calle.

Incuestionablemente valiente, Pablo era un hombre de emociones hondas. Podía indignarse hasta vituperar con agudas mofas delante del adversario político más poderoso, lo mismo que compungirse con una película medianamente sentimental. Tenía una capacidad de entusiasmo que desde luego no se agotaba en la política y que manifestaba delante de un cuadro de Picasso, escuchando una pieza de buen jazz, ensayando unos nada desentonados pasos de rock, o caminando infatigable por las calles en donde cada esquina era un hallazgo.

En el velorio de Pablo, ayer lunes, habíamos numerosos amigos suyos, incluyendo muchas mujeres guapas. Lo

digo, porque estoy seguro de que él lo hubiera reconocido y gozado así. Lo digo también porque se va en medio del cariño enorme de tantísima gente y porque si no lo digo, este recuerdo escrito quedaría deshecho en lágrimas. No es metáfora el encabezado que hoy tiene esta columna. Pablo me dispensó el título de hermano y ésa es una de las muchísimas cosas por las que estoy agradecido. Para Gabriela y Ana Laura y para todos los enternecedores Pascual, un abrazo muy fuerte. Así estaremos menos, menos solos.

La Crónica de Hoy
22 de abril de 1997

Vicente Serrano

In memoriam Pablo Pascual Moncayo

El día de ayer en la madrugada murió Pablo Pascual Moncayo, articulista de *unomásuno* durante más de diez años, y hasta hace unos meses profesor activo de la Facultad de Economía, en su Academia de Historia Económica. Egresado de la vieja Escuela Nacional de Economía, en ella buscó combinar siempre sus actividades académicas y de investigación, con su militancia sindical, primero, y con su militancia política después. Clara expresión de ello fue su impulso decidido al movimiento electricista de la Tendencia Democrática en los primeros años 70, con el que, junto con otros compañeros universitarios, tuvo un gran acercamiento, principalmente con Rafael Galván, quien sería determinante en su vida política futura.

Precisamente con ese grupo de compañeros académicos participó en esa misma época en la fundación del Sindicato del Personal Académico de la UNAM (SPAUNAM), y participó muy activamente en las huelgas de 1975 y 1977, clave en la vida del mismo SPAUNAM y del actual STUNAM.

Activo militante sindical, fue elemento indispensable en la formación del Movimiento de Acción Popular (MAP) a fines de los años 70, que llegó a ser una importan-

te plataforma organizativa y política del país, desde donde impulsó la unificación con el Partido Comunista Mexicano, para lograr la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM), llegando a ser uno de sus primeros diputados, junto con Rolando Cordera Campos, Arnaldo Córdova, Arturo Whaley y otros miembros del ex MAP.

Caracterizado por sus amigos y compañeros como poseedor de un gran ingenio organizativo y una notable creatividad política, Pablo Pascual Moncayo se distinguió por un ánimo permanente de alentar acciones políticas y organizativas incluyentes. En la Facultad de Economía siempre insistió en la necesidad de transformaciones académicas y organizativas en las que participaran todas las corrientes de pensamiento y grupos académicos y de investigación. En el SPAUNAM y en el MAP insistía permanentemente en alentar la unificación con otros grupos y organizaciones sindicales y políticas, en el marco de una ideología de defensa de la nación y de aliento a la transformación socialista. Como diputado del PSUM, justamente y de manera continua, defendió transformaciones progresivas con esta orientación.

Finalmente, desde sus artículos semanales en *unomásuno*, defendió la necesidad de la democratización creciente de la sociedad mexicana, y el fin del corporativismo, del partido de Estado y del presidencialismo. Gran compañero, buen amigo y notable luchador social, descanse en paz.

unomásuno, 22 de abril de 1997

Gustavo Hiraes

Pablo Pascual Moncayo

La desoladora noticia es que Pablo Pascual ha muerto, se ha ido a los cincuenta y tres años de su vida, justo cuando empezaría a dar los mejores frutos de su madurez como hombre y como político. Lo vi por última vez en diciembre del año pasado, en las oficinas de Pepe Woldenberg, en el IFE. Todavía alcancé a saludarlo por teléfono en enero, pero luego entró en un proceso acelerado de deterioro, debido a los avances perversamente fulminantes del cáncer que fatal y finalmente se lo llevó.

Al principio no fuimos especialmente cercanos, pues las diferencias políticas parecían muy grandes y muy importantes en la época que nos conocimos, la de la fundación del Partido Socialista Unificado de México en 1981. Pablo venía de los “mapaches” del Movimiento de Acción Popular, y un servidor de los “renos” del Partido Comunista Mexicano (después del tránsito accidentado por la clandestinidad, la guerrilla y la cárcel). Discutíamos duro, y no siempre de la mejor manera, y ahora —al menos para mí— es claro que en muchas cosas que entonces me enfrentaban a los compañeros “mapaches”, yo no tenía razón. En otras creo que sí, y todavía reivindico lo que entonces defendí apasionadamente, por ejemplo, la lucha por la democracia electoral.

Las duras circunstancias del secuestro de Arnoldo Martínez Verdugo en el verano de 1985, pusieron al PSUM y a quienes entonces aparecíamos como sus dirigentes, ante la difícil disyuntiva de seguir pagando tributo a los ya muy maltratados carismas marxistas, o asumir de lleno otra visión del horizonte de la lucha socialista en México, entrar a la disputa por la hegemonía política. Ello se presentó en la forma de una cuestión: ¿cómo reaccionar al incidente del secuestro de Arnoldo?; ¿como querían Pablo Gómez y el mismo Arnoldo, en el sentido de darle una lección de marxismo a los vándalos del PROCUP-PDLP (hoy EPR), mostrándoles lo inadecuado de usar las formas armadas de lucha “en este momento”?

Otros, entre los que estuvimos Woldenberg, Pablo Pascual y el que escribe, nos inclinábamos decididamente por otra visión. Ante el reclamo maximalista de que se les reconociera la legitimidad de sus “tribunales revolucionarios” y de sus títulos como “herederos testamentarios” de los fundadores de la guerrilla, que levantaba el PROCUP, sostuvimos que el PSUM no debía hacer ninguna concesión a los catacúmenos, que los únicos tribunales y la única legalidad que este partido reconocía eran los constitucionales, independientemente de que hubiera mucho en esta legalidad que no nos gustara, y nos esforzáramos por cambiar.

Este fue otro punto de quiebre, de no retorno. Aspirábamos como izquierda a modificar la legalidad en un sentido democrático y socialmente avanzado, pero en los términos y por los cauces que esta misma legalidad señalaba. Cambiar la Constitución por medios constitucionales, para decirlo de otra manera. Era sin duda el adiós a un

revolucionarismo de proclamas, de dogmas y sin duda también de ideales, pero extraño a los sentimientos de la mayoría de la población, y era el intento más serio, hasta ese momento, por darle a la izquierda mexicana un rostro más racional, más ético y más acorde con la historia nacional y el desarrollo moderno de México.

El intento no fue muy exitoso, pues poco tiempo después se formó el Partido Mexicano Socialista (PMS), que retomó algunos de los paradigmas y de las gesticulaciones que en 1985 intentamos dejar atrás; pero, por una parte, sembró semillas, y por la otra, fue el origen de una amistad y una inteligencia con los “mapaches” que desde entonces, afortunadamente para mí, floreció y se ha mantenido.

De entre todos, Pablo Pascual fue para mí uno de los más cálidos y sin duda el más vacilador, el desmadroso, siempre listo para la broma o el chascarrillo que a su vez nunca era simplón, sino cargado de inteligencia, malicia y agudeza políticas. Nunca quiso ser “monedita de oro”, como lo supieron en su momento sus adversarios de la izquierda universitaria, por ejemplo. Pero nadie puede negar su papel en la fundación del sindicalismo universitario, del original; su lucha por la unidad de la izquierda, su actuación en los recintos parlamentarios, y sobre todo su enorme calidad de amigo, que le permitió tender lazos y afectos con gente de muy distintas filiaciones.

Pablo también venía de lejos, de los tiempos de la militancia comunista en la Escuela de Economía de la UNAM, pasando luego por el *Punto Crítico* de los primeros tiempos, que se desmembró ante el reclamo de “sometimiento, lealtad y vigilancia revolucionaria”, que hicieron los miembros integristas del grupo a la corriente encabezada por



Las jornadas heroicas de la Tendencia Democrática (1976)

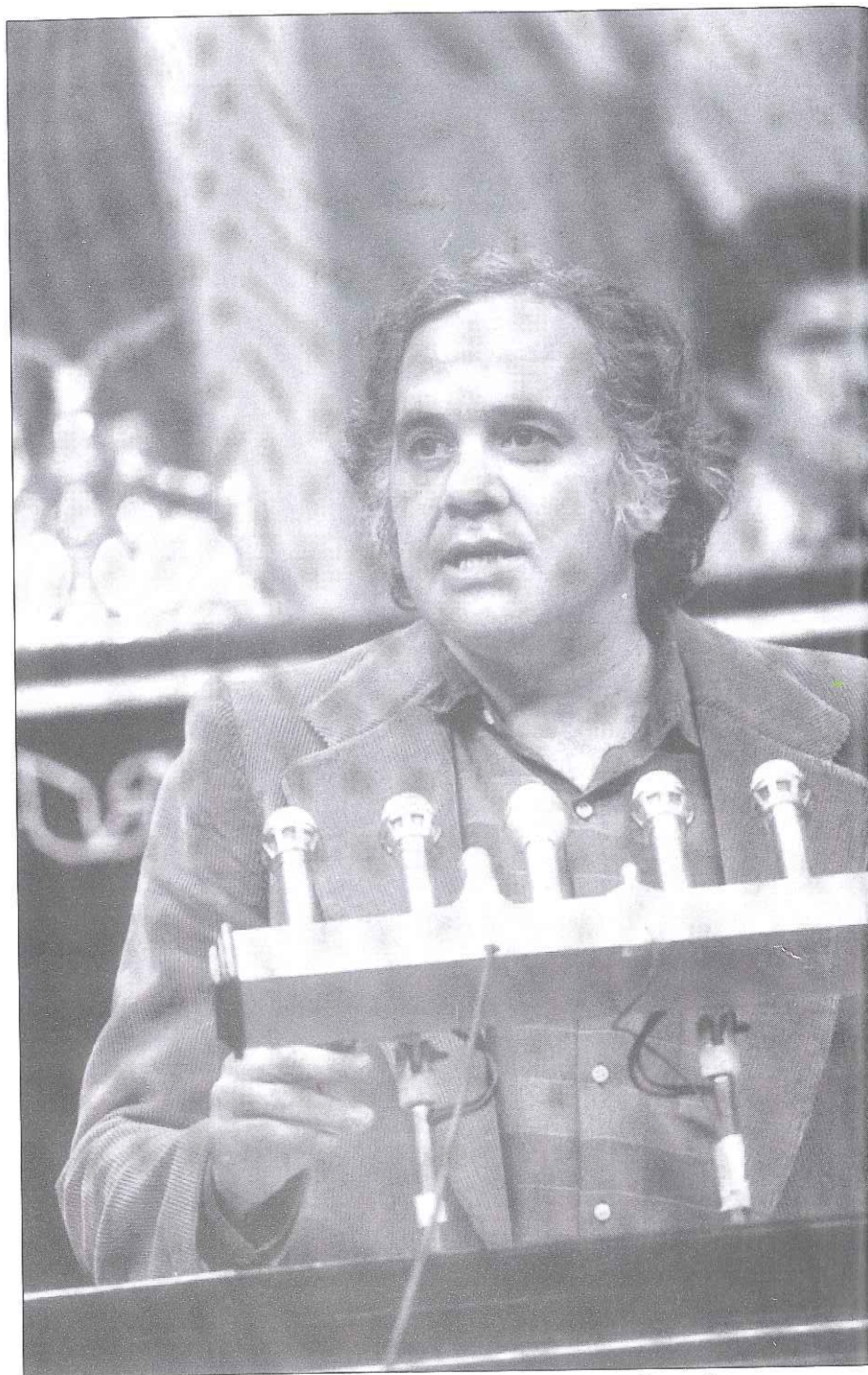
Rolando Cordera, los "49's". Que pasó por la lucha de los electricistas democráticos, de Rafael Galván; por las jornadas del sindicalismo universitario de los setenta, la fundación del PSUM y la derrota del SUTIN.

De izquierda y militante, Pablo fue, con Woldenberg y Fito Sánchez Rebolledo, de los optimistas y por ello de los últimos en convencerse de la imposibilidad de mantenerse en las filas de un PRD acosado por Salinas, cierto, pero también por sus dogmas, prejuicios y fantasmas. La intolerancia "antiintelectual" subió de tono, se cerraron los espacios, y los últimos mohicanos se vieron obligados a dejar el partido que con entusiasmo habían contribuido a fundar. Nunca dejó de insistir, a todos los que nos sabía insatisfechos con los partidos existentes, en la necesidad de fundar otro. ¿Todavía no te rindes?, lo embromábamos. Nunca, respondía, ¿o qué hacemos, cabrón?

Después fundó, con sus compañeros del ex MAP y con otros que habíamos quedado huérfanos de partidos o dispersos, el Instituto de Estudios para la Transición Democrática, de fructífera aunque poco conocida vida, y del que Pablo fue su segundo presidente, una vez que José Woldenberg fue nombrado consejero ciudadano en 1994.

Lo recordaremos siempre por la consecuencia con que supo vivir su vida, por la firmeza, la sensatez y la eticidad de sus ideales, pero sobre todo por su intensa alegría de vivir. Descansa en paz, estimado Pablo...

El Nacional
23 de abril de 1997



También en la Cámara se escuchó el "miren compañeros"

Iván García Solís

Un mexicano valioso

Gracias, ciudadano Presidente; ciudadanas y ciudadanos Representantes: El pasado lunes 21 falleció en esta ciudad el licenciado José Pablo Pascual Moncayo, quien fue diputado federal a la LIII Legislatura.

Pablo fue desde muy joven un militante sindical y político. Participó en forma destacada en el movimiento de 1968 y después jugó un papel importante en la organización del sindicalismo universitario.

Como se sabe, la organización gremial de los docentes y administrativos de la universidad tropezó con numerosos obstáculos, ya que el entonces rector Guillermo Soberón, quien actuó como vocero oficioso del gobierno, se opuso cuanto pudo a esta legítima demanda.

La acción de los trabajadores y la solidaridad de las fuerzas democráticas logró por fin vencer la resistencia antisindicalista y se fundó el STEUNAM, Sindicato de Trabajadores y Empleados de la Universidad Nacional Autónoma de México; a este empeño contribuyó Pablo Pascual, junto con otros destacados universitarios del área académica, como Eliezer Morales y Erwin Stephan Otto.

Cabe mencionar que a esta propuesta se adhirieron también maestros e investigadores de gran prestigio, en-

tre ellos Eli de Gortari, Adolfo Sánchez Vázquez, Wenceslao Roces y Ramón Ramírez; estos tres últimos transterrados españoles.

Pascual Moncayo fue así miembro de los comités ejecutivos de personal académico de la UNAM entre 1974 y 1977; de trabajadores de la UNAM entre 77 y 81 y del Único de Trabajadores Universitarios entre 81 y 84.

Más tarde Pablo participó en tanto directivo del Movimiento de Acción Popular en la fundación del Partido Socialista Unificado de México, del cual fue miembro de su comisión política. Fue también militante del Partido Mexicano Socialista y, como mencionamos al principio, también formó parte de la bancada de esta organización en la Cámara de Diputados.

Con Pablo Pascual, muerto prematuramente, la ciudad y el país pierden a un valioso mexicano y, de ello, a nombre de mi grupo parlamentario, deseo dejar constancia en esta tribuna.

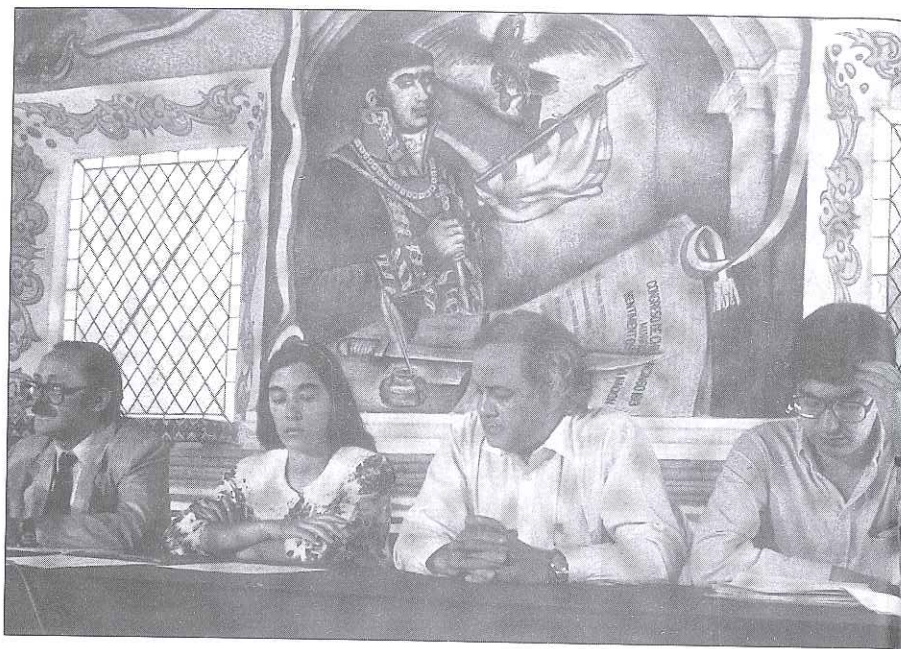
Gracias.

Intervención en la Asamblea Legislativa del Distrito Federal
23 de abril de 1997

Pablo

Confieso que no sé por dónde empezar esta dolorosa comunicación. Ha muerto Pablo Pascual Moncayo, nuestro querido Pablo, amigo, camarada. Nada será igual sin él. Sus funerales revelaron lo que todos sabíamos. Más allá de diferencias, edades, sexos, posiciones políticas, Pablo fue capaz de unir, atando los mejores rasgos de cada persona en una red de invisible generosidad. Cada uno puede contar su historia con Pablo y siempre destacarán valores recurrentes: la vitalidad, el humor, la fidelidad y la inteligencia política y carismática.

Se hizo hombre sin renunciar a la frescura a veces brutal de la secundaria, a la camaradería desinteresada y juvenil de la palomilla del barrio donde las relaciones humanas se reparten gregariamente entre los cuates y los demás, siempre atento al clasismo narvartiano que divide al mundo en dos categorías no por descriptivas inexactas: los "popis" y los "piojos". En ese mundo primigenio, la primera rebelión espiritual es un acto liberador contra la simulación religiosa. No será la única en esos años de formación. Pablo es todo sentidos, un antisolemne nato; una fuerza de la naturaleza, un libertario, una estrella polar. Reacio a los lazos formales, prefiere la fraternidad y apuesta por ella:



Arriba: renuncia al PRD. Con Adolfo Sánchez Rebolledo, Rosaura Cadena y José Woldenberg
Abajo: congreso del MAP. Con Rolando Cordera y Adolfo Sánchez Rebolledo

Raúl Trejo Delarbre

Pablo Pascual Moncayo

Aunque era esperada porque hacía tiempo sabíamos del cáncer irremediable que lo consumía, la muerte de Pablo Pascual Moncayo ha sido como un mazazo impertinente y perturbador para los muchos que fuimos sus amigos. Cuando aparezcan estas líneas en *etcétera*, ya se habrán publicado elogios de la congruencia política, la vocación democrática, la inclinación a la izquierda, la simpatía personal, virtudes todas ellas que Pablo desparramaba con natural espontaneidad. Tenía una simpatía irresistible, que es difícil describir a quienes no lo hayan conocido. Junto con ella, la agudeza política que lo hizo célebre hacían de él un crítico permanente que nunca perdía el sentido del humor. Pablo suscitaba afectos entrañables, de los que son leve testimonio las numerosas condolencias que se han conocido a partir de su muerte, que tanto nos ha entristecido, la madrugada de este lunes 21 de abril.

Así que en esta casa que es *etcétera*, muchos de cuyos lectores ya saben quién fue e incluso conocieron y quisieron a Pablo, es difícil platicar algo nuevo sobre él. Y no sólo porque Pablo haya tenido muchos amigos, sino porque su medio natural era la actividad social, los asuntos públicos, la política.

En ella, en la política, es donde la mayoría conocimos a Pablo. Yo estudiaba todavía en Ciencias Políticas cuando, con curiosidad y reverencia, hacia 1972 me acerqué al grupo Punto Crítico en donde Pablo formaba parte del núcleo universitario. Formada por ex dirigentes del movimiento estudiantil del 68 aquella era, más que revista, un grupo político y quería ser el embrión de un nuevo partido. La mayoría de sus integrantes eran, al menos en las reuniones de discusión, solemnes y adustos, como si cada frase la sopesaran por sus consecuencias históricas. En medio de aquella formalidad de izquierda (que luego, ya más en confianza, se diluía en camaradería de alcances muy diversos) Pablo Pascual descollaba por la facilidad con que decía las cosas más terribles y más trascendentes, con inteligente mordacidad. Tanta que desesperaba a quienes, por pensar o para que pareciera que pensaban sólo en La Revolución, no soportaban las aparentes o reales trivialidades con que Pablo aderezaba aquellos debates tan serios.

Esos tiempos no eran precisamente fáciles. Sobre la izquierda había amenazas y represiones, aparte de la confusión que cundía entre sus filas. Por aquellas épocas un grupo pseudoizquierdista en Sinaloa, con tan mala fama que les decían "los enfermos", asesinó a dos universitarios en Culiacán. Mientras otros compañeros desempolvaban los tratados leninistas sobre la provocación para entender mejor la intimidante coyuntura, Pablo formó parte destacada de un grupo que, pertrechado con armas que ahora parecerían casi de juguete, se lanzó a la aventura, no se sabía si vindicativa o política, para ajustar cuentas en la Universidad de Sinaloa. Por fortuna, en ésa como en otras ocasiones los recursos que resultaron

necesarios fueron los del debate político y la solidificación organizativa.

Así era Pablo. Capaz de jugarse la vida por una causa que creía justa, lo mismo que de reclamar en el tono que fuese necesario a quien él consideraba que había abusado de sus amigos o sus amigas. Pero ese talante de revoltoso que sabía mostrar tan bien, sólo era fachada de una sensibilidad siempre a flor de piel. Poco a poco fui aceptado en el grupo de amigos del que él formaba parte y participé en la renuncia colectiva a aquel proyecto de revista-partido. Para entonces, ya habíamos fundado el Sindicato del Personal Académico en 1974 y en 1977 haríamos el Sindicato de Trabajadores de la UNAM. El núcleo del activismo de los profesores (él trabajaba en la Facultad de Economía) era el Consejo Sindical del que ya José Woldenberg, en el capítulo 10 de su *Memoria de la izquierda* escribió, el 4 de abril del año pasado en estas páginas. "Era un espíritu, una idea, una forma de ser, impregnada de los anhelos y clichés, las convicciones y tics de la izquierda del post68. Básicamente antiautoritario, sus relaciones eran horizontales, igualitarias, entre 'jefes' y 'base', entre hombres y mujeres. Se mezclaba la adhesión y deslumbramiento por la revolución cubana con el gusto y la pasión por el rock, la compulsión por la política y por el reventón, la antiolemnidad en el trato y la adicción por el cine, los discos, los libros. Y un espíritu solidario con lo cercano y lo lejano, con la huelga de Spicer o contra los asesinatos por garrote vil decretados por el vil régimen franquista. Es decir, el Consejo fue además un estado de ánimo más allá de la política, una fiesta de amistad y sueños, de proyectos y esfuerzos que ofre-

ció un aura romántica a la fría —vista desde fuera— actividad sindical”.

En ese contexto se intensificó la amistad con Pablo. La efeméride política es más o menos conocida. Al tiempo que participamos en el sindicalismo universitario (en donde él era uno de nuestros dirigentes sin lugar a dudas) en la segunda mitad de los años 70 nos acercamos a la Tendencia Democrática de los electricistas y a don Rafael Galván. Los 80 fueron de tránsito de y en los partidos de izquierda.

Todo ese tiempo, el trato con Pablo fue de una afable coincidencia. A mucha gente le sorprende que este grupo de amigos tenga convergencias tan naturales en las opiniones políticas. A veces, incluso creen que conspiramos o nos congregamos para ponernos de acuerdo en diversos asuntos. La verdad es que esa formación común nos dotó, de una u otra forma, de una experiencia y una óptica similares que, claro, cada quien pone en práctica como puede y cuando quiere.

Con Pablo, de la aventura política compartida pasé, lo mismo que otros amigos, a la amistad intensificada en cada experiencia común. Viajamos mucho. Dentro del país, gracias a la política sindical. Y más lejos. En los tiempos en que el salario de profesor universitario (en mi caso, en esas épocas aún de las categorías más modestas) permitía viajar al extranjero, hicimos recorridos que hoy parecerían de pachás. Así es como brindamos por la amistad imperecedera de los pueblos en una enorme cava bajo tierra en la capital de Armenia, aprovechamos las noches de plena luz en una cena interminable cuando Leningrado todavía se llamaba así, seguimos jubilosos una manifestación del PCI por los vericuetos de Venecia, contemplamos juntos el *Guernica*

cuando estaba en Nueva York, compartimos en condiciones bastante maltrechas un amanecer navideño en la Plaza Real de Barcelona, nos enfadamos en una claustrofóbica tumba faraónica en Luxor, nos conmovimos frente a las majas en El Prado, fatigamos kilómetros a pie y litros de vino para patrullar París, que tanto le gustaba. Con Pablo Pascual aprendí a mirar museos y monumentos más allá del simbolismo hierático. El cine, pasión común de este grupo de amigos, lo compartimos perplejos ante la pantalla o en las tertulias posteriores. Fue mi mejor cómplice en la lectura concurrente de novelas policiacas, que intercambiamos con gusto. Nos emocionamos juntos, aunque sea lugar común, con La Marsellesa en *Casablanca*, en la saga libertaria de 1900, en las canciones de la guerra civil española y en los corridos villistas que se repetían en las abundantes fiestas de cuando teníamos algunos años menos.

No sé para qué cuento todo esto. Son destellos que surgen ahora que miro una foto de Pablo, la sonrisa sarcástica, los ojos llenos de esa luz inconfundible, mientras pienso que si leyera estas líneas diría, contundente y displicente: “Qué mamadas, pinche Trejo”.

Pablo se nos fue el lunes. Aunque esperábamos el desenlace, no ha sido un ápice menos doloroso. Es que lo queríamos mucho. El día que yo vaya a París —y ruego que esto no suene pedante— voy a bajar por la Rue Mouffetard hasta la Plaza de la Contraescarpe, que tanto le gustaba. Voy a buscar una mesa y allí, donde vimos pasar un pedacito de vida, voy a brindar con él.

etcétera

24 de abril de 1997



Viaje al Medio Oriente. Con Raúl Trejo Delarbre, Jacobo Casillas Mármol y José Woldenberg (1980)

Federico Novelo U.

Evocando a Pablo Pascual

*Para Gabriela Becerra,
de Pablo, en la tormentosa penuria
de una viudez tan temprana como injusta*

Nada es posible ante la más notoria y lamentable evidencia del destino que por todos espera, la muerte. Y, sin embargo, hay ocasiones en las que uno debe rebelarse ante la inoportunidad e injusticia de su llegada. Es el caso de la dolorosa pérdida de Pablo Pascual Moncayo.

Pude verlo, por vez primera, en medio de la colosal agitación del 68, en la entonces Escuela Nacional de Economía, dentro del distinguido grupo de los profesores de la “cuarta fila” del Auditorio Narciso Bassols, que —con Rolando Cordera al frente— ofrecían la mejor cuota de lucidez y sarcasmo al proceso de reforma académica que se ventilaba en la célebre Comisión Mixta de esa entrañable institución. Ya en 1969, en lo que creo que fue el comienzo de su infatigable labor organizativa, me encontré militando a su lado, en la entonces seductora intención de desarrollar una Política Popular, mucho antes de que los ortodoxos líderes maoístas descubrieran que, de donde provienen las ideas correctas, es del... PRI.

Ese inolvidable proceso de convivencia me dio la oportunidad de conocer dos enormes cualidades de Pablo, la bondad y la franqueza, que le eran tan naturales como su buen bailar o como su brutal afición por rebau-

tizar, con tino envidiable, a amigos o a quienes no lo eran tanto, o como el parpadeo sin tregua que acompañaba a su sonrisa constante. La solemnidad que se quiso imponer a las reuniones de quienes nos iniciábamos en los misterios del machacón pensamiento de Mao, no impidió a Pablo soltar alguna opinión sobre algunas de las lecturas obligadas del momento; así, por ejemplo, *El viejo tonto que removi6 las montañas*, le pareció —con toda la razón, sólo que él fue el único que lo dijo— un verdadero insulto a la inteligencia. Desde temprano, supo poner buena distancia entre su militancia y la funesta solemnidad que parte importante de la izquierda mexicana sigue considerando obligatoria.

La generosa descripción de sí mismo, tan ocurrente y tan frecuente, llegó a contagiar a algún compañero egresado de la Preparatoria Popular —en la que Pablo impartió clases— que, sin el menor riesgo de ser recordado por su belleza, llegó a sugerir que a los porros se les podía reconocer por feos. En aras de la claridad, Pablo podía emplear el más escandaloso vocabulario, provocando, incluso, el sonrojo de sus más cercanos amigos. En ese sentido, creo, veía las cosas como Walt Whitman:

A través de mí las voces prohibidas.
Voces de sexo y de lujuria, voces veladas que yo revelo.
Voces indecentes que clarifico y transfiguro.
No cruzo el índice sobre los labios.
Me conservo tan delicado en las entrañas como en la cabeza y el corazón.
Para mí la cópula no tiene mayor jerarquía que la muerte.

Después de optar por caminos distintos, él en Punto Crítico y yo en el PMT, volvimos a encontrarnos, gracias a la hospitalidad que se nos brindó por los miembros del Consejo Sindical, en la formación del Movimiento de Acción Popular y en la creación del Partido Socialista Unificado de México. Quienes intentábamos el desarrollo del PSUM en la región de la desembocadura del río Balsas, en 1982 recibimos la visita de Pablo que, al hacernos propuestas organizativas de gran importancia y seriedad, no olvidó su gran sentido del humor (a Jesús León, velludo desde el cuello hasta los empeines, le preguntó: “¿A ti te parieron o te tejieron?”).

En 1984, en la muerte absurda de Carlos Juárez, compañero que, con nosotros, provenía del PMT, Pablo inició las indagaciones y realizó las primeras gestiones para las honras fúnebres de quien, como él, tenía muchas cosas por hacer en el momento de perder la vida. En 1986, tras el artero asesinato de Anacleto Ramos (otro expemeteco), crimen que Carlos Montemayor intenta justificar en su *Guerra en el paraíso*, Pablo recibió, junto con otros compañeros, amenazas de muerte de los procueros que no lograron menguar su ánimo ni su disposición a criticar abiertamente a estos enjuiciadores de la izquierda reformista.

La inigualable temeridad de su valentía extrema; la facilidad para resolver a golpes —y con habilidad extraordinaria— algunas diferencias que, en su opinión, lo ameritaban; la solidaridad ilimitada que supo dispensar a los amigos que la requirieron, por las más diversas razones; la vida rodeada de amor, y por el amor, y el valor extraordinario que supo otorgar a la amistad, eran cualidades que él supo armonizar con una vocación política a

la que dio cumplimiento con alegre intensidad. Con su muerte, es muchísimo lo que se pierde y mucho lo que se pospone. Ojalá que el partido político —de izquierda inteligente, por supuesto— que el país merece y requiere, y que Pablo anheló, pueda contarse entre las cosas que se posponen. ¡Cómo te extrañamos, pinche Pablo!

unomásuno
25 de abril de 1997

Pedro Alcántara Aguilar

Pablo, amigo entrañable

La vida o el destino, o no sé qué, nos trata a veces muy mal. A muchos de nosotros no nos ha ido muy bien últimamente, aunque todo es superable menos la muerte de seres queridos.

La desaparición física de Pablo Pascual Moncayo, amigo entrañable, no nos deja más posibilidad que el lamento y un sentimiento profundo mezcla de cólera e indefensión.

Ante la muerte de un amigo:

No entiendo estos azares del destino, más bien no quiero resignarme a estos azares del destino. La verdad me quiero rebelar.

Tú supiste ser amigo, compañero, líder; tú que tenías mucho qué ofrecer, que trabajabas por la equidad y la justicia, has muerto.

Tú que podías todavía aportar con tu pensamiento y tu inteligencia mejores caminos para todos nosotros, has muerto.

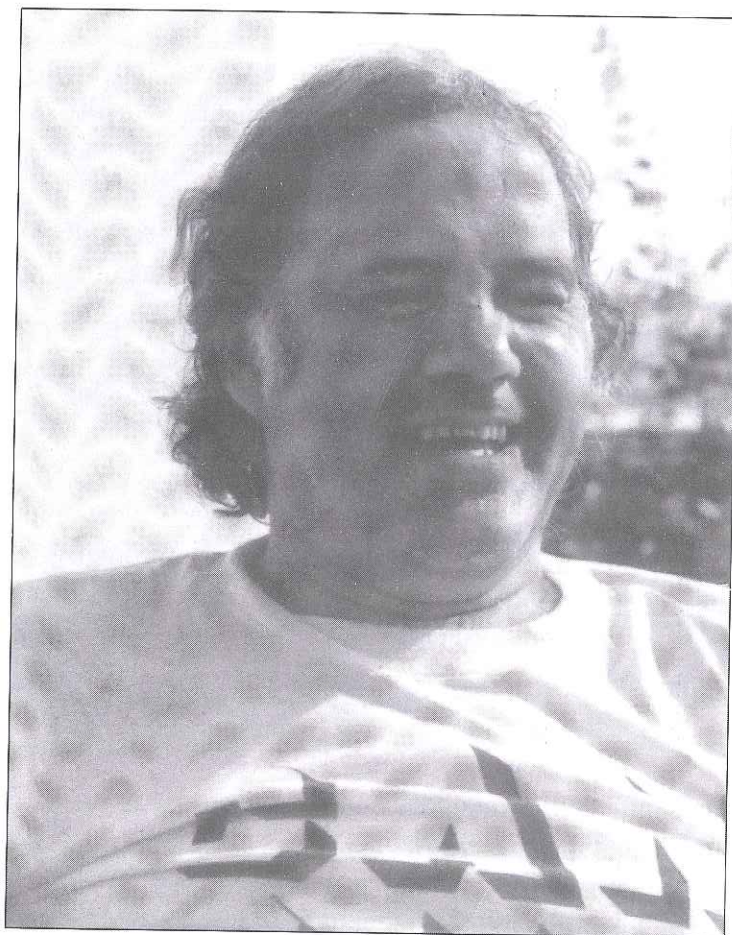
El dolor se vuelve rabia y coraje.

Sí, me duele mucho, y aunque sé que el país pierde a uno de sus mejores hijos, me duele más que se pierda tu persona, tu alegría de vivir, que se pierda el amigo y lo que aportabas a tus amigos, ni modo, me duele más.

Estamos tristes, estoy triste, muy triste.

Pablo, te prometo algo: cada vez que sonría, cada vez que pueda demostrar amistad a alguien, cada vez que pueda hacer algo por mi país, me voy acordar de ti.

La Crónica de Hoy
25 de abril de 1997



Carlos Castillo Peraza

Hasta la vista Pablo

Da trabajo pensar que es cierta la enfermedad de un amigo más o menos coetáneo. Es más difícil aún aceptar que morirá pronto. Nuestras expresiones cuando tal acontecimiento se produce son significativas: "No puede ser. Si lo vi ayer". Se diría que pensamos que nuestra vista genera un escudo contra la eventualidad más segura del hombre, que es la de su muerte. O va uno aplazando la visita debida al enfermo porque no le resulta verosímil que la vida se le esté yendo inexorablemente, que en efecto tenga los días contados. Hasta que un amigo común, a veces el mismo que sí practicó aquella obra de misericordia, da el aviso: "Murió".

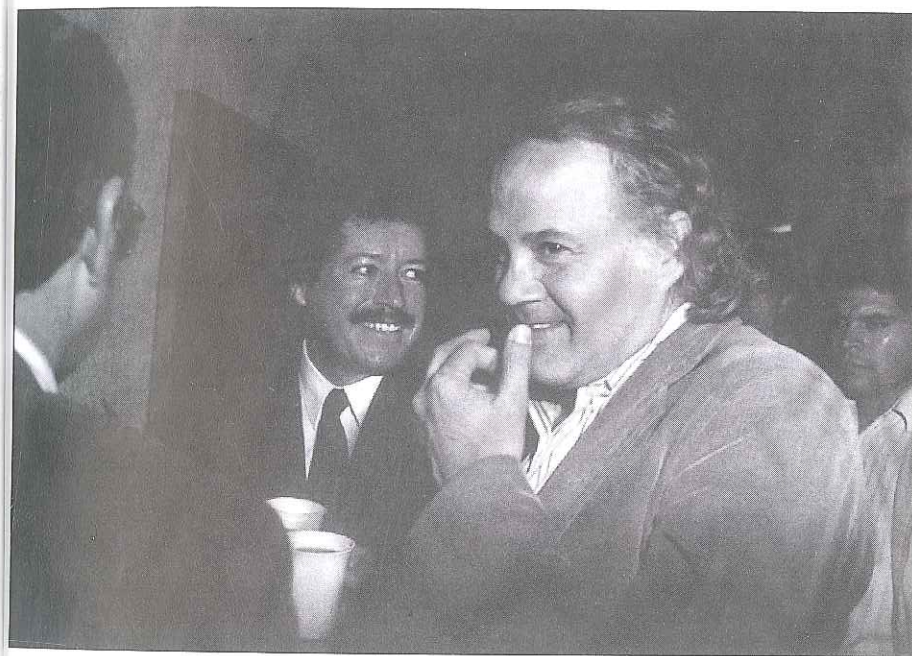
Así me sucedió con Pablo Pascual Moncayo, a quien conocí cuando en plena vitalidad era diputado federal en las filas de esa izquierda que luego creyó en Cuauhtémoc Cárdenas y más tarde cayó en la cuenta de que había ido a parar a una especie muy aceda, muy corporativa, del PRI menos democrático imaginable.

Pablo era eso: vital. Lo fue en las manifestaciones y las luchas del sindicalismo universitario, en las tareas de militancia política, en el debate con quienes no compartíamos sus convicciones y sus opciones, en las relaciones

de amistad, en las broncas, en la cátedra, en las reuniones del Instituto de Estudios de la Transición —sesiones en la que fue casa de Trotsky—, frente a la copa y frente al pizarrón. Me lo presentó José Woldenberg y compartimos varias veces comida y bebida, cantos sesentaiocheros, críticas recíprocas, historias de la historia oral, sueños democráticos.

No son muchos los obreros de la producción intelectual, independientemente del volumen de las palabras que dicen o escriben, con la generosidad suficiente para levantar el teléfono y felicitar a un colega por el acierto de un discurso o la pertinencia de un artículo. Pablo era de los que no escatimaban el reconocimiento ni la alabanza. Hoy, que nos ha dejado, creo justo dar testimonio —desde la acera de enfrente, pero en la misma calle— de esa extraña magnanimidad que él no dudó en prodigarme.

A veces llegaba hasta a decirme de sus angustias personales. En Baltimore, donde participamos en un seminario de esos que las fundaciones y universidades norteamericanas organizan, y en los que mexicanos que en la patria no tenemos tiempo de vernos convivimos dos o tres días, caminamos sobre la misma nieve, poblamos el mismo bar, defendimos posiciones muy semejantes y descubrimos todo lo que nos separaba, que fue exactamente lo que nos hizo amigos. Liberados de doctrinas y definiciones políticas, entramos al terreno de las memorias infantiles: nos resultó casi increíble percatarnos de que las niñeces nos aproximaban a raíces culturales semejantes. Otro denominador común fue la admiración por el magisterio de Carlos Pereyra, cuya ausencia física y especialmente intelectual lamentábamos en toda reunión. Por la



Arriba: con Carlos Castillo Peraza, en Baltimore (1992)

Abajo: con Luis Donaldo Colosio (1991)

izquierda que no fue y que tal vez si Carlos no hubiese fallecido, habría podido ser gracias a su seriedad, a su lucidez.

Hace unos meses, una vez más por medio de una amiga común —Eugenia Huerta, que envió de algún modo el recado—, supe de la segunda operación a que Pablo fue sometido. El propio José Woldenberg, un poco antes, me había dicho que el contertulio enfermo reaccionaba bien a los tratamientos. Yo pensé que superaría el doloroso mal que lo corroía. Tal vez no lo pensé sino, por encima de todo, deseaba que así fuese y prefería confiar más en mi deseo que en cualquier mal presagio. Me equivoqué.

También me equivoqué cuatro días antes de su muerte cuando de pronto me acordé de Pablo, pero decidí dejar para otro día averiguar su número de teléfono y hablarle para fijar una fecha de visita. El plazo se nos acabó y yo lo lamento. Tal vez lo lamentaré toda la vida. Pero estoy seguro de que, hoy, él sabe cómo y cuánto me duelo lo que no hice. ¡Hasta la vista, amigo!

Proceso
27 de abril de 1997

Pablo Pascual, un recuerdo

Aunque ya la esperábamos, la muerte de Pablo Pascual fue un golpe seco para sus muchos amigos. Su biografía es de honestidad y coherencia. Cuando hablaba de política, siempre en lenguaje coloquial, solía decir Los Cuates para referirse al grupo con el que tenía más coincidencias. Yo le recordaba que me habían dicho que la mejor traducción de *Al Fatah* es precisamente “los cuates”. Pues bien, una definición no política del grupo que formó el Movimiento de Acción Popular es la de un círculo de amigos en cuyo centro, indefectiblemente, estaba Pablo Pascual. Él era su corazón. Por eso su pérdida es muy colectiva. Y en términos de la toma de decisiones políticas significativas, correctas o equivocadas, su influencia era mucho mayor de lo que podría pensarse. Habrá mucho tiempo para ponderarlo.

A Pablo le encantaba el humor y el sarcasmo. Era como si estuviera rodeado de ellos. No lo abandonaron jamás. Y producía frases y actos inolvidables. Una muestra mínima:

- “Ni crean que voy a llegar a los cuarenta sin probar” (después de un albur suicida, en casa de Julia y Pepe, 1979).
- “Si nos llamamos Convergencia Popular, vamos a ser el CP, o sea el PC al revés” (argumento vencedor en la asamblea fundacional del MAP, enero, 1981).

- “De la vida todo vale la pena, cabrón. Pero lo que realmente vale la pena son mis hijos” (en un cubículo de Economía, 1986).

- “Eso nos pasa por votar por un monógamo” (enero, 1995).

- “Me pasó por leer el Plan Nacional de Desarrollo” (cuando se le descubrió un tumor en el cerebro, primavera de 1995).

Producía, sobre todo, una ternura general, una enorme calidez humana, un amor sincero que le brotaba de los ojos y disolvía todas sus impertinencias. Esa mirada y la sonrisa leve que solía acompañarla son imborrables.

etcétera

1 de mayo de 1997

Pablo Pascual, la UNAM, el PMS

La primera vez que vi a Pablo Pascual Moncayo, fue en una asamblea del sector universitario del PMS. En aquella ocasión se discutía la posición que asumirían los universitarios miembros del partido ante la huelga de hambre de los dirigentes ceuístas.

En aquella ocasión —como tantas otras—, todo se reducía a una comedia de absurdos, en los que la intolerancia y la ausencia de diálogo se mezclaban de modo evidente.

Un sector del PMS se quería lanzar sin paracaídas, apoyando la idea de estallar otra huelga si la rectoría no reflexionaba y volvía a las negociaciones. Los líderes del CEU negociaban con las autoridades y lo último que querían era un conflicto.

En esos momentos se hacía evidente por qué Pablo Pascual Moncayo resultaba imprescindible en momentos de crisis. Con lógica y con argumentos sólidos, desmoronaba argumentos que parecían irreversibles, enfureciendo a los burócratas.

El PMS no participó en la locura y eso es, precisamente, lo que faltará ahora que no tenemos a Pablo Pascual Moncayo. No es fácil ser de izquierda y mucho menos de

una inteligente y reflexiva, pero Pascual Moncayo demostró, en más de un sentido, que el camino de la modernidad no está cerrado para una opción progresista, si entiende el tiempo y el mundo en el que se desenvuelve.

La Crónica de Hoy
8 de mayo de 1997



Luis E. Olvera Rosas

Adiós Pablo

El lunes 21 de abril nos dejó a los compañeros "mapaches" nuestro querido Pablo Pascual Moncayo. Su presencia nos habrá de hacer falta para continuar con alegría el trabajo que emprendimos hace más de 25 años por una mejor nación.

Es difícil contener los sentimientos de tristeza que no nos han querido abandonar en la cercana muerte de Pablo, porque llegan recuerdos de aquel movimiento de trabajadores universitarios en los meses de junio y julio de 1977, que les costó a sus líderes entrar a la cárcel por unos días. Uno de ellos Pablo Pascual.

Aún recuerdo esas fotos de aquellos puños en alto, desafiando la gravedad de iniciar un camino democratizador en los trabajadores universitarios. La polémica que desató en casa la participación de mi hermana preparatoriana por brindarles su apoyo. Poco entendíamos como familia la importancia de las luchas sociales, el temor a la represión era evidente.

En aquel entonces, los medios de comunicación no tenían la apertura y la libertad de expresión de nuestros días. Los "oscuros" intereses de los movimientos sociales era el arma favorita del gobierno para desacreditarlos valiéndose de prensa, radio y televisión para propagar sus

versiones. Pocos espacios se les dejaba a los críticos del sistema.

Por otro lado, el sindicalismo no gozaba de buenas referencias ante la corrupción de la mayoría de sus dirigentes. En la mente de quienes habíamos sido educados alejados de la enseñanza social que se impartió en décadas anteriores al 68, sólo existía mejorar nuestra situación económica a través de una profesión. Cosa que se podía dar gracias a que ese sistema de gobierno, que hemos criticado, respetó uno de los idearios más importantes de la revolución mexicana, el acceso a la educación pública.

Pero ese grupo de jóvenes profesores universitarios que no sólo de las aulas aprendieron a luchar por el equilibrio social, sino también de nacionalistas como Rafael Galván, serían la primera piedra de un edificio que retorció sus cimientos con el actual sindicalismo universitario, ahora pocas organizaciones sindicales luchan por conservar sus principios. Pablo reconoció los errores que ayudaron a pervertir la tarea académica de los sindicatos universitarios, aquí en Zacatecas lo dijo, cuando la UAZ lo invitó en marzo de 1996. Su honestidad dolía a algunos.

Pablo, al igual que otros compañeros como Arturo Whaley, ex líder del Sindicato Unico de Trabajadores de la Industria Nuclear (SUTIN), José Woldenberg, Raúl Trejo, Rolando Cordera, Adolfo Sánchez Rebolledo y otros, veían el sindicato como un arma para enfrentar los embates de quienes ostentan los grandes poderes económicos, de esos que no razonan los problemas que se generan con la desigualdad. Siempre buscaron la convergencia con las organizaciones sindicales oficiales e independientes.

Este grupo de sindicalistas universitarios y nucleares querían ir más allá en sus acciones nacionalistas y fundaron el Movimiento de Acción Popular (MAP), que después se integraría a la formación del Partido Socialista Unificado de México (PSUM). El PSUM pasó a ser el Partido Mexicano Socialista del cual Pablo fue diputado federal en la LIII Legislatura, donde entabló una gran amistad con Luis Donald Colosio. Las contradicciones con los anacrónicos militantes de la izquierda motivaron la salida de los compañeros del ex MAP. Los últimos en salir fueron Pablo, Woldenberg y Sánchez Rebolledo, acusados por las actitudes y la dispersión en la operación de acciones que se dio por la nueva estructura partidista en el cambio a Partido de la Revolución Democrática (PRD).

Las turbulencias políticas de las elecciones de 1988 dejaron claro que el país cambiaba con mayor rapidez que en décadas pasadas. Inquietos por ello, ese grupo de amigos coinciden en fundar el Instituto de Estudios para la Transición Democrática, con el fin de encontrar caminos viables a través del análisis que pudiera formular propuestas para llevar una vida democrática plena. Pablo volvió a ser clave en las tareas del Instituto.

Ese incansable batallar por colaborar en lograr una sociedad mexicana más justa, y sus ideas claras sin caer en los intelectualismos de muchos militantes de izquierda, le permitían acercarse a cualquier nivel de la sociedad. Siempre fue directo.

Algunos de los que formó, lo veían como un jefe, cuando eso era lo que menos quería. El se hacía de amigos, pero también de verdaderos enemigos, quienes por su falta de imaginación no comprendían, como dice Raúl Trejo,

sus desplantes verbales. La inteligencia política nacional le manifestó su amistad, personajes como Rincón Gallardo, Muñoz Ledo y Amalia García del PRD, Castillo Peraza y Juan José Hinojosa por el PAN, y por el PRI Oñate Laborde, Elba Esther Gordillo y José Luis Lamadrid. La firmeza en sus convicciones no chocaba con la tolerancia hacia con quienes discrepaba.

Zacatecas lo tuvo varias veces de huésped. Lo invitamos al I Foro de Reforma para la Escuela de Minas. En otra ocasión, nos acompañó con Enrique Provencio para que nos hablaran del Tratado de Libre Comercio; Enrique desde la óptica económica y Pablo de la sindical. Con Woldenberg reforzó la polémica sobre los cambios a la ley electoral que se necesitaban a nivel nacional, en un momento en que el estado de Zacatecas debatía sobre los cambios de la ley estatal sobre el mismo tema.

Ahora, el entusiasmo de Pablo, su sencillez y esa extraña calidez que nos brindó su amistad, se va, y queda a deber el bebernos esa botella de vino con carne asada en el jardín de los milagros.

Opinión

Zacatecas, 23 de mayo de 1997

Pablo Pascual

Para los cuates...

No es difícil recordar a Pablo Pascual en cualquiera de los momentos que se hayan compartido con él. Las cuestiones personales y políticas iban, prácticamente, de la mano. Más cuando los compartimos la mayor parte de las últimas décadas de una manera fuerte, intensa en ocasiones, fraternal y divertidamente.

No es mi intención ni mi posibilidad entrar al detalle de una vida creativa, vivida a plenitud y con saldos muy positivos. Simplemente quisiera compartir algunos momentos que convivimos a propósito de varios asuntos y cuestiones. Momentos que a algunos nos debieran llevar a hacer varios recuentos de memoria y tratar de escribirlos para nosotros mismos y otros más pues, sobre todo en el terreno de la política, de la interpretación y de los rumbos que puede tomar el país, habría mucho que recoger de las opiniones, escritas y no, por nuestro amigo. Pablo Pascual vivió y aprendió a fondo el movimiento del 68. Le tomó el pulso a la necesidad democrática que el país expresó con aquel alegre y largo momento histórico que terminó en tragedia, gracias a la documentada ineptitud del grupo gobernante.

De ahí, fue germen del nacimiento y construcción del sindicalismo universitario, pasó unos años por algunos

estados de la República y también en la misma capital del país, siempre trató de desarrollar un concepto de política popular y de organizar la base social suficiente para curar heridas y superar aquel difícil tiempo político, se fue forjando una manera de ver a México y de hacer las cosas para avanzar democráticamente hacia el socialismo (¿o no se decía así?).

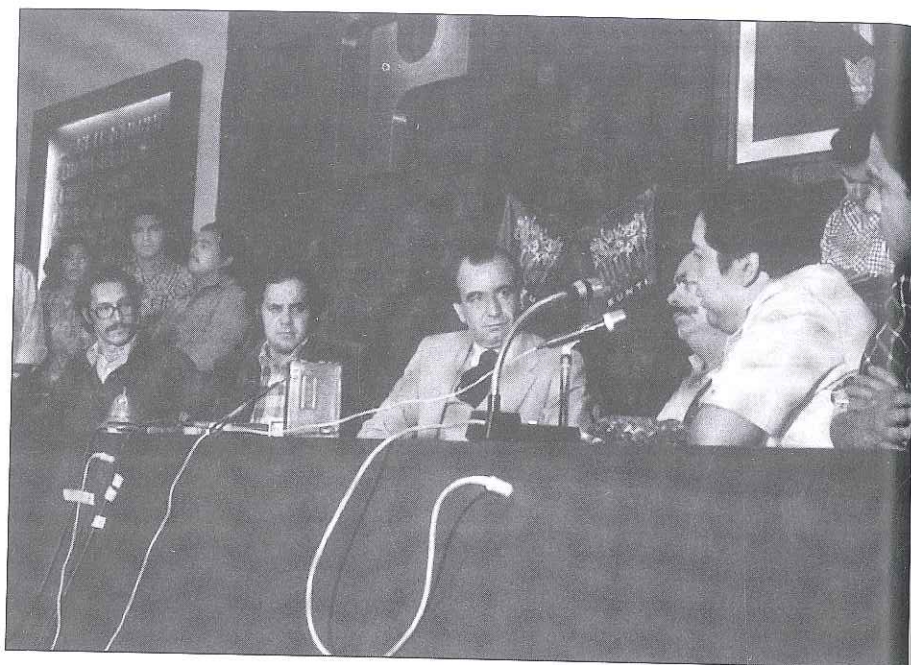
¿Quiénes de los que andaban ahí no recuerdan aquellas reuniones del Consejo Sindical de profesores e investigadores de la UNAM, en donde Pablo alternaba con José Woldenberg y Raúl Trejo, con Eliezer Morales y Erwin Stephan, Jorge del Valle y Rolando Cordera, Fernando Arruti y Alejandro Pérez Pascual y, sobre todo, muchas y muchos compañeros más? Entonces se decía que se podía hacer el planteamiento que permitiera al naciente sindicalismo universitario convertirse en el eje no solamente articulador de un nuevo sujeto universitario, sino de la misma reforma educativa, no sólo de la UNAM. Ya desde entonces, se trataba de pensar nacionalmente y, a la luz de lo que ahora sucede, bien podríamos decir también que de manera muy atrevida.

Consejo Sindical, SPAUNAM, STEUNAM, SITUAM, STUNAM, SUNTU fueron, cada uno en su momento, y a la vez todos, parte de una historia social del país de la que formó parte, de manera intensa, la vida de Pablo Pascual. Ahí y en otras cosas sin duda, pueden decir mucho Evaristo Pérez Arreola y sus compañeros, Gilberto Guevara, Pepe Victoria, y varias compañeras y compañeros más que, mencionarlas y mencionarlos me llevaría muchísimo espacio, compañeros y compañeras que compartieron momentos importantes, difíciles pero también inolvidables.

Movimientos, huelgas y hasta cárcel les tocaron a Pablo y sus compañeros para asentar una reivindicación justa, tanto que hoy forma parte natural de la geografía social y política del México de nuestros días.

Pero las cosas no quedaron ahí. Entre otras iniciativas compartidas, se dio lugar al Movimiento de Acción Popular, como resultado de un largo trabajo realizado colectivamente a lo largo de la década de los años 70. El MAP, al que todavía algunos, un poco ingenuos por cierto, le siguen dando vida y existencia, se significó por la elaboración ideológico-programática que, a su vez, quiso y dio cuenta de una visión de México y de sus problemas principales, tanto en términos nacionales como regionales. Ahí Pablo quiso y pudo recorrer el país, recogía una vez más lo que había sembrado en la construcción del sindicalismo universitario, refrendaba amistades, las convocaba a compartir sus proyectos que siempre fueron de muchos y encantaba a más "vendiéndoles" proyectos políticos, de vida, alegría y compromiso. ¡Faltaba más, que las cosas caminaran y con "los cuates", mejor!

Todavía no se consolidaba el MAP y ya estaba en la perspectiva la formación y construcción del Partido Socialista Unificado de México. Ahí, Pablo fue de los más entusiastas y con él muchos más decidimos considerar en serio la convocatoria para formar parte de ese proyecto partidario desde su inicio. Varios compañeros llegaron a ser diputados federales por ese partido, recuerdo a Rolando Cordera, Arnaldo Córdova y, por supuesto, a Pablo Pascual, entre otros. De entonces, en la legislatura en la que Pablo fue diputado, recuerdo el nacimiento de lo que en ese momento y después sería una buena amistad entre él



Los años del SUNTU



Arriba: al salir del reclusorio, después de la huelga en la UNAM (1977)
Abajo: en la Cámara de Diputados, miembro de la LIII Legislatura

y Luis Donaldo Colosio, amistad que se truncó precisamente el día del vil y artero asesinato de Luis Donaldo en la ciudad de Tijuana.

Le seguirían a este proyecto político-partidario, el del PMS y el del PRD. A este último renunció con varios compañeros más (Fito Sánchez Rebolledo y José Woldenberg, entre otros), de manera pública y explicitando las razones de fondo y las diferencias. Se fundaría entonces el actual Instituto de Estudios para la Transición Democrática, del que fue su presidente así como también José Woldenberg y, ahora, Luis Salazar.

Pablo Pascual colaboró en sus últimos años en el diario *unomásuno*, prologó varios libros elaborados por iniciativa del Instituto. No tengo la menor de las dudas que ahí podremos encontrar elementos “duros” de un pensamiento derivado de las acciones decididas de Pablo y, también, de una inteligencia y pensamientos profundos. Pablo fue siempre un hombre de acción a quien la política le mereció atención especial, tanto como sus mujeres, amigas y amigos. En este sentido, sobre todo, fue lo que hoy se le llama “integral”. En términos estructurales, sabía combinar a la perfección tanto la amistad y el amor, como el buen vino, el baile, el reventón matutino y desvelado y la política, sí: La Política con mayúsculas.

Habrá que seguirle la pista con pasión y con cuidado, hay mucho que obtener de ahí. Sus amigos deberíamos hacerlo, pues, además de recordarle y honrarle como se merece, también lloraremos y podremos reír, como era él. Ni más, ni menos.

etcétera, 19 de junio de 1997

Nuestro gran cuate

Quizá tratando de romper los pesados silencios que siempre nos impone la muerte de un amigo entrañable, se me ocurrió sugerirle a Rolando Cordera que organizáramos, como Instituto, un homenaje en memoria de nuestro Pablo. Estuvo de acuerdo e inmediatamente se ofreció a conseguir un local en la Facultad de Economía de la UNAM. Ya en la tarde de ese mismo día, sabíamos que el director de esa Facultad, el licenciado Juan Pablo Arroyo, había autorizado el uso del Aula Magna para la celebración de dicho homenaje.

Como suele suceder en estos casos, me imaginé la reacción que Pablo hubiera tenido ante esta iniciativa. “No mames, pinche Luis, ¿cómo que un homenaje? ¿Qué no tienen mejores cosas que hacer? Si quieren mejor hagan un brindis, emborráchense o de pérdida vayan al cine, ¿no?” A lo que le (me) respondí: “No mames tú, pinche Pablito. ¿Que no entiendes que lo hacemos por nosotros, que necesitamos reunirnos para hablar de ti, para recordarte, para estar contigo y para no sentirnos tan mal?”. “Bueno, hice contestar a Pablo, pero nomás no se la jalen demasiado”. No fue el único diálogo imaginario que sostuve con él, pero la respuesta de Gabriela, de Fito, de



Con Luis Salazar C. en Oaxaca (1995)

Raúl, de Pepe y de Rolando a la idea del homenaje me convenció de que valía la pena intentarlo a pesar de los riesgos de la solemnidad y la cursilería.

De hecho, apenas tuvimos que organizar nada: el acto prácticamente se organizó por sí mismo, impulsado espontáneamente por el inmenso amor de todos los asistentes por quien fuera el mejor y más querido amigo de sus amigos. Acaso la única dificultad fue la de tener que cambiarnos de local ante la incapacidad del Aula Magna para dar cabida a la pequeña multitud que se dio cita en la Facultad de Economía. Después, todo pareció ser conducido mágicamente por un conjunto de emociones, valores y recuerdos compartidos tanto por los que hicieron uso de la palabra como por los asistentes que terminaron llenando el Auditorio Narciso Bassols. Si esfuerzo hubo, fue el de contener las lágrimas provocadas por una mezcla explosiva de dolor y alegría. Dolor por la pérdida del amigo; alegría por el recuerdo de sus palabras, de sus sonrisas y de sus acciones. La amistad, el amor hicieron un milagro extraño, dada la naturaleza laica de la mayoría de los participantes, la de permitirnos convivir intensamente con nuestro gran compañero, con nuestro gran cuate.

Hemos creído por ello que la publicación de algo de lo que ahí se dijo, junto con algunos artículos publicados en la prensa, podía permitir a los que allí estuvimos y también a los que, por diversas razones, no pudieron llegar, conservar aunque fuera parcialmente las emociones y las ideas provocadas no tanto por la muerte sino por la vida del que fue, además de un amigo inolvidable, una figura de primera línea de la izquierda mexicana. De quien supo combinar el gusto por la vida con el compromiso con los

ideales de justicia, de democracia y de igualdad. De quien vio en la política la ocasión para expresar una profunda convicción ética, sin ceder un ápice ni al cinismo ni al fanatismo.

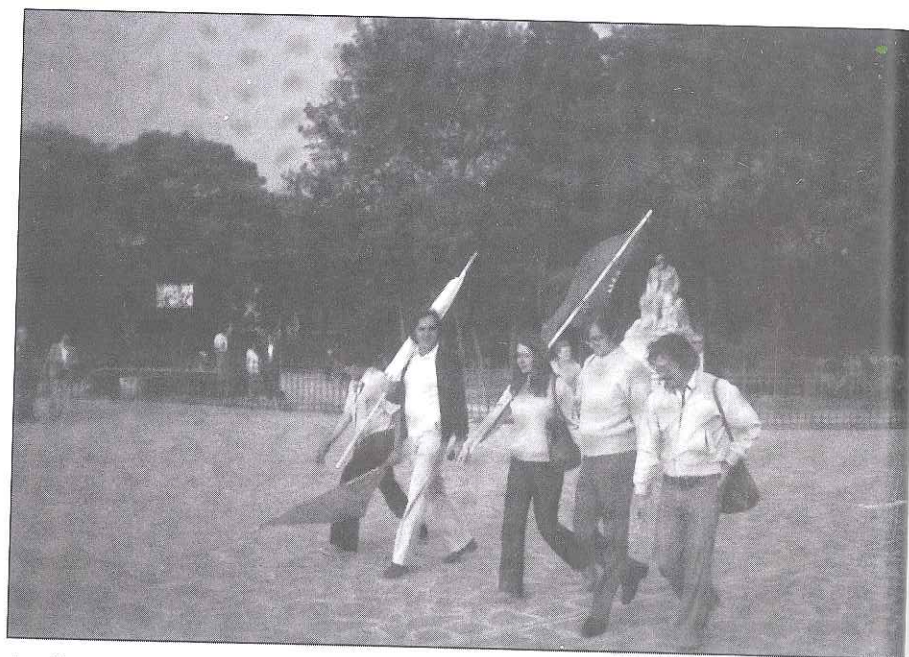
Como ilustración de ello me atrevo a sumar un recuerdo a los que a continuación se presentan. En una de tantas conversaciones en las que el tema era la ausencia de un partido de izquierda democrática y reformista, capaz de ofrecer un espacio para nuestras más bien vapuleadas vocaciones políticas, y reconociendo que por su propia naturaleza Pablo era quien sufría más la falta de una organización que le permitiera dedicarse plenamente a la acción pública, le pregunté por qué no aprovechaba sus múltiples conocidos en los partidos existentes para intentar volver a ser diputado. Con su habitual estilo lacónico y tajante me respondió: "Porque tengo principios y porque tengo cuates". No estoy seguro de que ése fue el orden. Tal vez lo dijo al revés: "Porque tengo cuates y porque tengo principios". Pero en el fondo eso no importa, lo que importa es que, para Pablo, ambas cosas eran inseparables.

¿Cómo tener principios sin compartirlos con los cuates, sin convertirlos en la base de una amistad cabal, de una confianza recíproca, de un afecto y de una generosidad sólo limitadas por el respeto a las manías o neurosis de los demás? ¿Y cómo tener cuates sin principios, es decir, sin lo único que hace posible saber que se puede confiar en los demás y que se puede decir con claridad y franqueza absolutas lo que se piensa? Es por eso, creo, que para Pablo la política no sólo era compatible sino indisociable de la ética. Naturalmente él conocía perfectamente las mañas, los trucos y las astucias de nuestra

amoral clase política; sabía también que nuestras tristes tradiciones institucionales parecen premiar el cinismo pragmático, la lealtad a personas, la instrumentalización y manipulación de los demás, en suma, la más absoluta carencia de compromisos éticos. Pero su frecuente contacto con los políticos le había enseñado el elevado costo neto de esa manera de entender y practicar la política: la soledad afectiva, la carencia de cuates.

Frente al dilema de hacer política "exitosa", de acceder a curules y a cargos, a cambio de renunciar a sus cuates y a sus principios, o resignarse a una política de algún modo limitada, insuficiente, pero manteniendo principios y amigos, la opción de Pablo fue clara y sin dobleces: el compromiso político sólo adquiere sentido ético si implica el raro privilegio de contar en serio con quienes compartir, discutir y promover ideales, de contar en serio con los cuates. Acaso por todo eso Pablo supo ganarse el afecto de tantas personas, a pesar de su mordacidad, de su franqueza, de su intransigencia inteligente. Seguramente por eso nos deja la difícil tarea de seguir viviendo, discutiendo y actuando sin el que fue, sin duda alguna, un verdadero punto de apoyo moral e intelectual para todos nosotros.

Presidente del Instituto de Estudios
para la Transición Democrática



Arriba: con José Woldenberg en Bucarest (1984)
Abajo: en Venecia, después de un mitin del PCI (1980). Con Juan Francisco Pascual, Julia Carabias, José Woldenberg y Jacobo Casillas

José Woldenberg

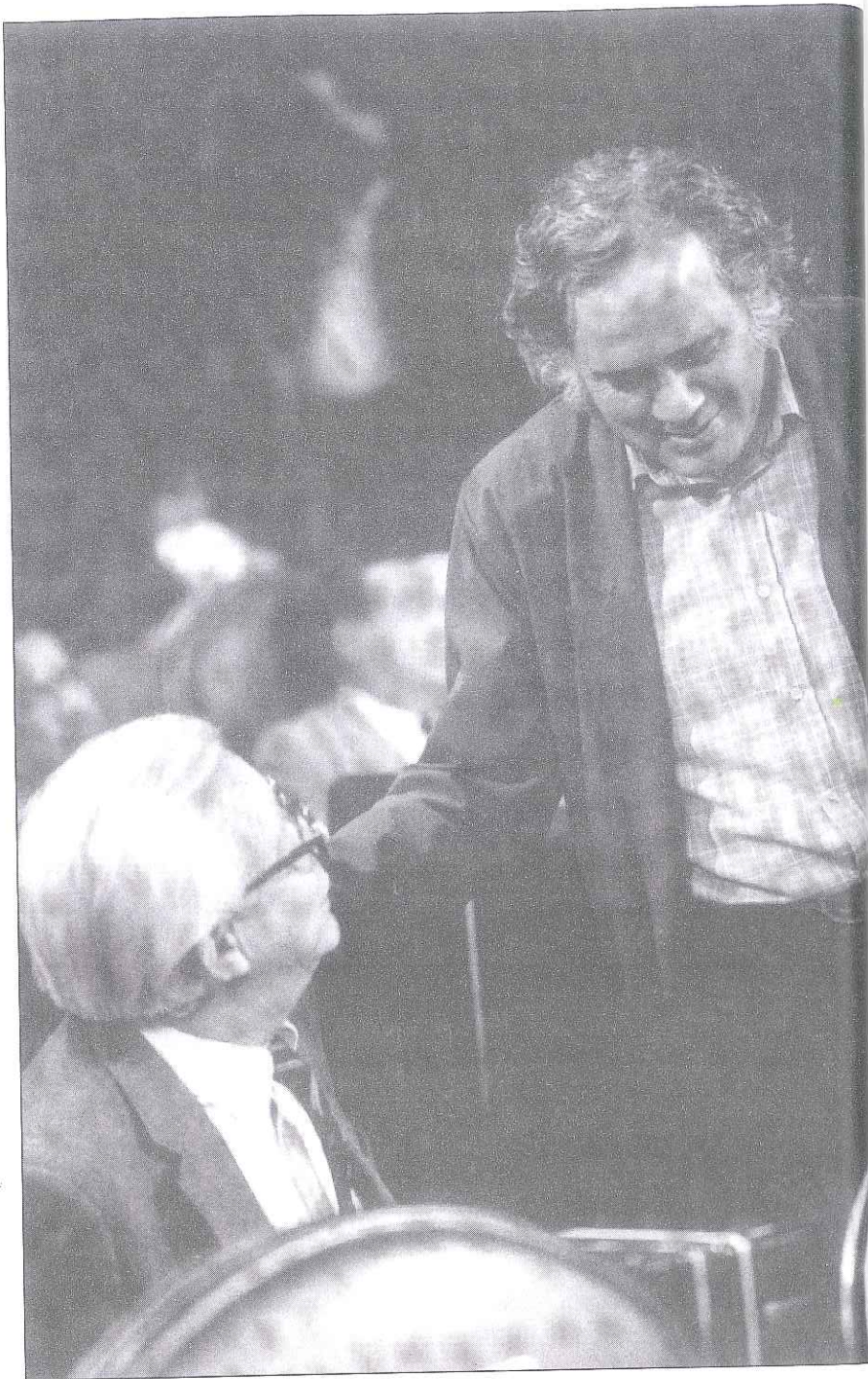
Morimos también un poco

Con la muerte de Pablo Pascual, sus amigos morimos también un poco.

La biografía de Pablo irradió siempre una calidez, una solidaridad, un gusto por la vida, que envolvía a quienes tuvimos la suerte —la gran suerte— de ser sus amigos.

Y nadie como él alimentó y cultivó la amistad. Para él “los cuates” resultaban no sólo imprescindibles, sino acompañantes de una ruta que simple y llanamente no se podía transitar en soledad. ¿Cuántas veces al aludir a los “cuates” daba por finalizada una discusión, cuántas veces para evitarse y evitarnos una solemne penetración sólo decía “es cuate”. Esa noción fue su pasión. En las antípodas de los ermitaños, sabía que la única vida digna de ser vivida es la que se vive en compañía, con los otros, en una especie de red solidaria que hace más acogedor el trasiego diario y las tareas que uno cree tienen horizonte.

Hoy su ausencia nos deja más solos, más desprotegidos, más tristes.



En San Lázaro, con Heberto Castillo (1987)

Rolando Cordera Campos

Pablo Pascual y la política: primera aproximación

Hace quince días depositamos las cenizas de Pablo junto a las de sus padres y su hermano Pepe. Hoy nos reunimos para recordar al amigo que fue hermano de muchos de nosotros y que no queremos dejar ir.

Todos los sentimientos que produce la muerte de un ser querido se han juntado y de modo implacable, como olas inclementes, golpean mi memoria, mi capacidad de ordenar recuerdos y mi habilidad para tejerlos en una fórmula retórica inteligible y con sentido. Otros, muchos en verdad, han podido hacerlo ya, en especial para mí, Fito y Raúl, y a ellos me atengo por ahora. Ya vendrá para mí el tiempo de hilvanar la vida de un amigo, con quien, sin metáforas, conviví cotidiana e intensamente los últimos treinta años. Será en las veladas y desveladas colectivas, así como en la irremediable vigilia solitaria y acuciante, donde podré aspirar a darle un sentido mayor, político e intelectual, como debe hacerse con un hombre como Pablo, a la vida plena y potente de nuestro hermano. Ante la muerte, única certeza con que contamos, no tenemos más recurso que llenar de significados y recuerdos grandes y pequeños la vida del amigo ido.

¿Podemos renovar y actualizar la fórmula? ¿Podemos darle sentido de futuro y volverla atractiva para las nuevas generaciones y este nuevo, complejo país en que se ha convertido México en los últimos lustros? Esa es, me parece, la pregunta que abrumó a Pablo los últimos tiempos, en su relativo, pero muy fructífero, exilio de la política partidaria. No hay más camino que volver atrás, en compañía de su siempre generoso, estruendoso recuerdo, y reconstruir su experiencia y afanes, fallas y excesos, todos nuestros como si fuéramos uno, para intentar sacar la conclusión que buscaba con angustia: una conclusión que, insistiría hasta quedarse ronco, nos lleve a hacer política; a ser un nosotros con significado colectivo y, de ser posible, histórico y a ser, como decía burlonamente, "eminentemente plurales".

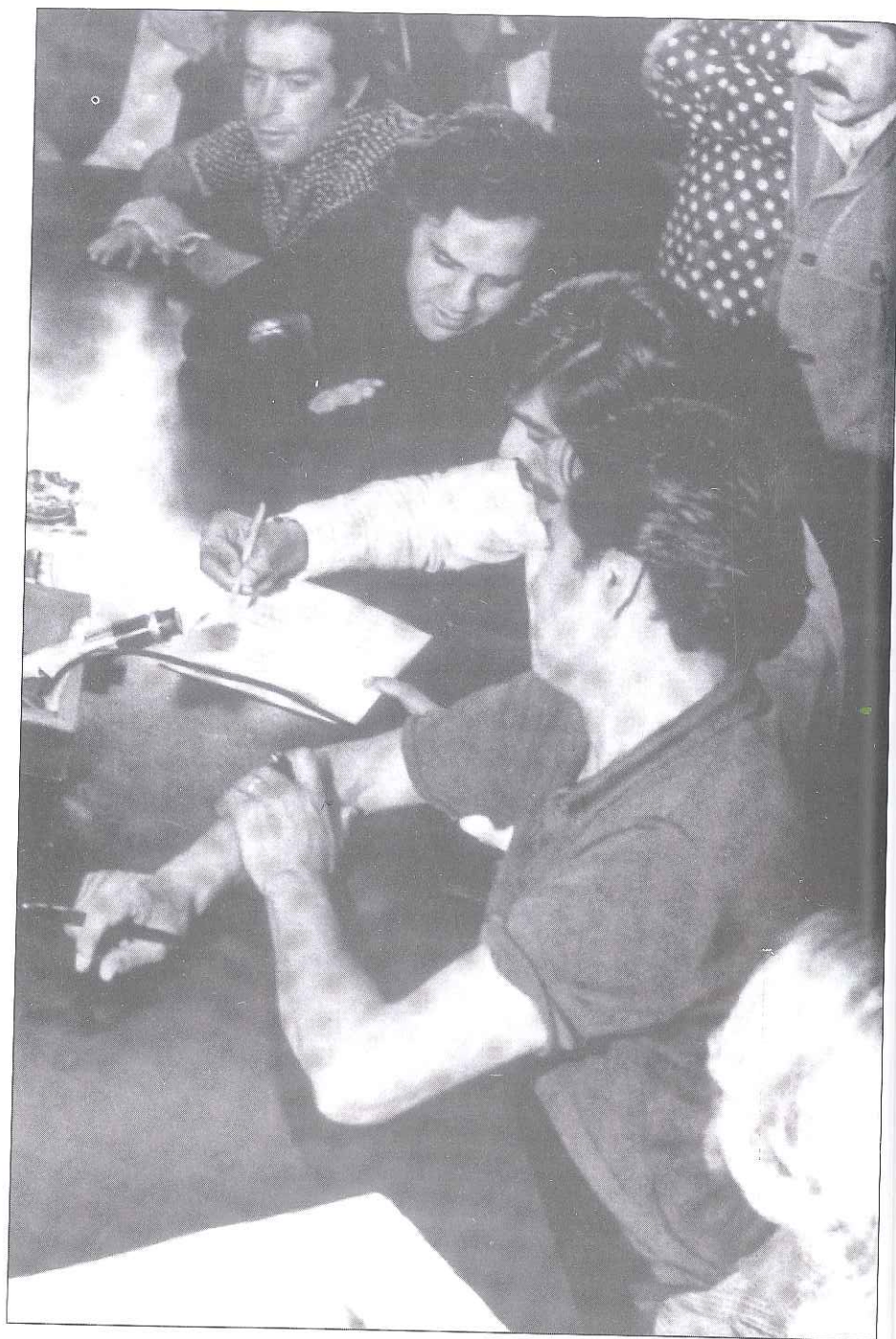
Pablo trajo siempre consigo, a todo lo largo de su vida pública, la "V" del 68. Pero cuando llegó a la Cámara de Diputados, a deslumbrar y enternecer, a "matar de amor" a propios y extraños, como solía presumir, Pablo llevó también el "venceremos" ronco y fuerte, que fue el himno de la dignidad, de la inolvidable lección de historia vuelta pueblo y nación, que dictó hasta su muerte su entrañable compañero y amigo, nuestro inolvidable don Rafael Galván.

Hombre excesivo en el uso del sarcasmo, la burla o el chiste disolvente. Hombre de excesos en la entrega comprometida a una visión y una convicción que compartimos como el pan, el vino, la sal, la admiración y el culto a las mujeres y el amor, tan loco como se pudiera. Dispuesto a pelear y debatir, pero más, siempre más, a querer, apoyar, a dar toda la solidaridad que le fuese posible.

Al terminar su bello recuerdo de Pablo en *etcétera*, Raúl Trejo se pregunta para qué cuenta todo eso que con-

tó. Cuando lo leí, emocionado hasta el llanto (a esas alturas Pablo ya me habría dicho: "Corderas, el llorón soy yo"), me hubiese gustado estar engarzado a su red y decirle: lo haces por ti Raúl, por mí, por nosotros, por Pablo. Gustábamos volver una y otra vez al final de la novela de Hemingway, tal vez como un pretexto para recordar a Gary Cooper y a Ingrid Bergman. Hoy es él quien toca las campanas por todos nosotros.

Publicado en *nexos*
junio de 1997



Firma del levantamiento de la huelga del SPAUNAM (1978),
con Jorge del Valle, Eliezer Morales y Carlos Fernández del Real

Eliezer Morales Aragón

Para Pablo Pascual: de los “mamuts” a nuestros días

Para Ana Laura, Pablo y Andrés

En Yácatas 368, en década memorable pero que no quiero ubicarla, tuve los primeros contactos con Pablo José Pascual Moncayo. En aquella época era preparatoriano o algo así y mi referente básico fue el de ser uno de los hermanos menores de Eduardo, desde entonces, amigo y compañero de la Escuela Nacional de Economía con una complicidad fraternal en muchas cosas en la vida, particularmente en la política. De entonces acá la presencia física del vínculo con Pablo Pascual se puede acreditar por muchos años y hechos. Para el momento esperamos que la improvisación no atropelle a la fraternidad de la que siempre seremos deudores con Pablo.

En esta noche, en medio de la cálida tristeza de este auditorio podemos constatar las infinitas vertientes tejidas por Pablo a lo largo de su vida cuyo calor humano corría parejo con su mordacidad y, al mismo tiempo, sin desmentir la seriedad de su pensamiento y acción. No podríamos decir que nos encontramos en el mejor ámbito o, menos aún, en el único en el cual sería posible congregarnos para evocar a Pablo, pero no cabe duda que sí se trata de un sitio privilegiado por muchas razones: primero por tratarse de la Universidad Nacional, des-

pués por ser nuestra Facultad y, finalmente, porque este lugar forma parte, para todos nosotros, de nuestro trayecto vital que ha sido polifacético, vigoroso y testigo de multitud de acciones resultado de desvelos preocupados alrededor de nuestro tiempo y realidades. Hoy, nosotros y este lugar nos abarrotamos de remembranzas, dolidos por su ausencia pero también nutridos de los rastros dejados por los proyectos, esperanzas y compromisos que, ahora podemos decirlo, no todos fueron exitosos ni lúcidos pero sí impulsados con un enorme coraje. Pablo fue, a no dudarlo, jirón de todo esto y en esa medida nosotros hicimos y hacemos parte, diríamos insustituible, de este yo colectivo.

Queda una duda: ya no sabremos, aunque lo imagináramos, cuál podría ser el comentario chocarrero de nuestro homenajeado si tuviese la oportunidad de hablar y burlarse de este acto. Aunque fuéramos incapaces de repetir sus palabras, podemos imaginar su talante. Sospecho que no saldríamos muy bien parados. Pero pensemos en la vida, en el Pablo de los proyectos y las muchas andanzas y tribunas compartidas en el doble sentido de las multitudes y nuestras esperanzas y, ¿por qué no?, también con inconformidades e iras: en ese sentido la presencia de Pablo más consistente se ubica en un trayecto político vinculado, engarzado en acciones colectivas destinadas a la construcción de organizaciones sociales y políticas en el ámbito de la izquierda mexicana.

No es el momento, no sería posible, recontar ni siquiera en su expresión más reducida la multitud de acciones y presencia de esta vida que, aunque truncada, deja tras de sí una estela de hechos rememorables. En el sen-



Arriba: marcha en la huelga de 1977
Abajo: unidad de las izquierdas (1982)

tido más general el nombre de Pablo Pascual puede ser recogido como el de una persona comprometida, por lo menos del 68 hasta su desaparición con un propósito muy claro: el problema fundamental de nuestro país se encuentra en la necesidad de construir organizaciones políticas y sociales de cara a la sociedad. En su significado más profundo esta idea se vinculó, desde hace muchos años, con la de la lucha por la democracia. Sus últimos afanes en el Instituto de Estudios para la Transición Democrática no hacen otra cosa que dar cuenta de esta tarea fundamental. Para suerte del país hoy las cosas son bien diferentes de las que tuvimos que afrontar en su momento. Aun cuando fuésemos injustos con la mención no podremos olvidar que en estos días se cumplen 20 años de la gran huelga de la UNAM de 1977. Pablo fue uno de los que en la clave policiaca era designado en unión de algunos otros "Oro uno" y fuimos reducidos aunque fuera de manera breve en prisión. Sólo la perspicacia política de nuestro "ogro filantrópico" Jesús Reyes Heróles fue capaz de imaginar una salida menos gravosa para nuestros intereses.

En esa misma dirección, después de haber participado en la formación del MAP y en el proyecto fundacional del PSUM nos postularon, como él lo expresaría, como "candidatos piojos" en 1985 en el, todavía más desigual que ahora, esquema electoral mexicano. Repetimos, para suerte de todos y para nuestra alegría hoy las cosas son distintas: han fructificado. Al igual que el otro Pablo, el Saulo de Tarso, nuestro amigo hizo su buena pelea y conservó su confianza en la legitimidad y necesidad de su conducta. En la ruta seguida a lo largo de nuestro años-décadas, repetimos, la situación del país se ha modificado

para mejorar. La aparición de las opciones político-electorales de mediados de los 80 se transformaron de contestatarias y oposición simbólica a otras con peso real. Por suerte, ha corrido mucha agua bajo el puente, la labor desarrollada por Pablo, junto con muchos otros está a la vista no como resultado de una posición personal sino fruto de una acción y visión colectivas de avanzada.

En estos momentos todos nos sentimos fraternalmente enlazados por su memoria, no meramente por una ausencia que nos pesa sino, sobre todo, por un hueco que, paradójicamente, nos aglutina. Su lucidez para avisorar la importancia de un trayecto político y su seriedad para dar los pasos en la dirección correcta pero, al mismo tiempo, tener la inteligencia para no tomarse demasiado en serio a sí mismo es algo que hoy, menos que nunca, podemos olvidar. La corrosividad de su lenguaje y el sarcasmo en la punta de la lengua reservando la parte más agresiva a los contrincantes fueron parte de su personalidad. Como todas nuestras grandes ausencias cada uno de nosotros se transforma un poco en un fantasma por la ausencia de un amigo como Pablo que, sin embargo, hará que él tenga una presencia entrañable entre nosotros.

Publicado en *Humanidades*
Ciudad Universitaria, junio 11 de 1997

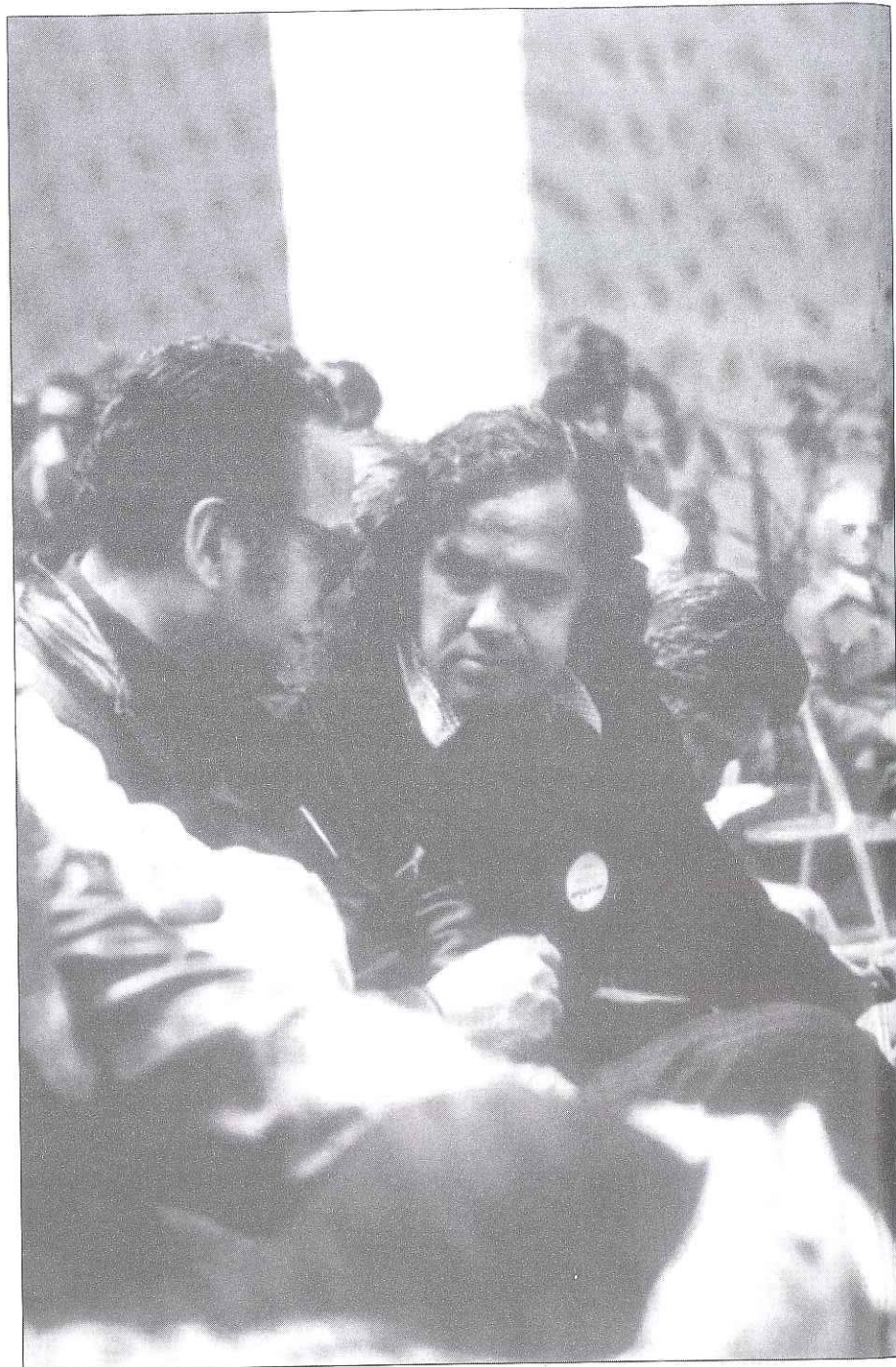
tido más general el nombre de Pablo Pascual puede ser recogido como el de una persona comprometida, por lo menos del 68 hasta su desaparición con un propósito muy claro: el problema fundamental de nuestro país se encuentra en la necesidad de construir organizaciones políticas y sociales de cara a la sociedad. En su significado más profundo esta idea se vinculó, desde hace muchos años, con la de la lucha por la democracia. Sus últimos afanes en el Instituto de Estudios para la Transición Democrática no hacen otra cosa que dar cuenta de esta tarea fundamental. Para suerte del país hoy las cosas son bien diferentes de las que tuvimos que afrontar en su momento. Aun cuando fuésemos injustos con la mención no podremos olvidar que en estos días se cumplen 20 años de la gran huelga de la UNAM de 1977. Pablo fue uno de los que en la clave policiaca era designado en unión de algunos otros "Oro uno" y fuimos reducidos aunque fuera de manera breve en prisión. Sólo la perspicacia política de nuestro "ogro filantrópico" Jesús Reyes Heróles fue capaz de imaginar una salida menos gravosa para nuestros intereses.

En esa misma dirección, después de haber participado en la formación del MAP y en el proyecto fundacional del PSUM nos postularon, como él lo expresaría, como "candidatos pijoos" en 1985 en el, todavía más desigual que ahora, esquema electoral mexicano. Repetimos, para suerte de todos y para nuestra alegría hoy las cosas son distintas: han fructificado. Al igual que el otro Pablo, el Saulo de Tarso, nuestro amigo hizo su buena pelea y conservó su confianza en la legitimidad y necesidad de su conducta. En la ruta seguida a lo largo de nuestro años-décadas, repetimos, la situación del país se ha modificado

para mejorar. La aparición de las opciones político-electorales de mediados de los 80 se transformaron de contestatarias y oposición simbólica a otras con peso real. Por suerte, ha corrido mucha agua bajo el puente, la labor desarrollada por Pablo, junto con muchos otros está a la vista no como resultado de una posición personal sino fruto de una acción y visión colectivas de avanzada.

En estos momentos todos nos sentimos fraternalmente enlazados por su memoria, no meramente por una ausencia que nos pesa sino, sobre todo, por un hueco que, paradójicamente, nos aglutina. Su lucidez para avisorar la importancia de un trayecto político y su seriedad para dar los pasos en la dirección correcta pero, al mismo tiempo, tener la inteligencia para no tomarse demasiado en serio a sí mismo es algo que hoy, menos que nunca, podemos olvidar. La corrosividad de su lenguaje y el sarcasmo en la punta de la lengua reservando la parte más agresiva a los contrincantes fueron parte de su personalidad. Como todas nuestras grandes ausencias cada uno de nosotros se transforma un poco en un fantasma por la ausencia de un amigo como Pablo que, sin embargo, hará que él tenga una presencia entrañable entre nosotros.

Publicado en *Humanidades*
Ciudad Universitaria, junio 11 de 1997



Con Rafael Galván

Raúl Trejo Delarbre

Una cadena de afectos

Para Gabriela Becerra

La muerte de Pablo Pascual Moncayo, junto a la enorme tristeza que fue contundente e inculcable entre sus amigos, manifestó la significativa amplitud de ese círculo en donde cosechó los afectos que lo han acompañado aún después de la madrugada del 21 de abril. Centenares de amigos, conmovidos pero también agradecidos en el recuerdo de su agudeza chispeante, comparecieron en los funerales y manifestaron de diversas formas, cada quien como podía, esa mezcla de pesadumbre lacerante y recuerdo afectuoso que había —que hay— cuando platicamos de Pablo.

En las dos semanas recientes, han aparecido esquelas de una treintena de instituciones y personas. En epígrafes de artículos o en textos dedicados a nuestro amigo, Pablo fue recordado en al menos una treintena más de piezas periodísticas. Este es el recuento, no exhaustivo, de la mayor parte de ellas.

Despedidas en la prensa

El martes 22 de abril, entre otros testimonios de afición y aflicción, en los diarios aparecieron las condolencias del Presidente de la República Ernesto Zedillo, de la Dirección General de Petróleos Mexicanos, de la revista *nexos*

y la editorial Cal y arena, de *Nexos TV* y el Instituto Nacional Indigenista, de Caminos y Puentes y la Secretaría del Medio Ambiente, Recursos Naturales y Pesca, la Universidad Autónoma de Sinaloa, la Secretaría de Desarrollo Social, la Facultad de Economía de la UNAM, el Instituto Federal Electoral, la Escuela de Ingeniería de Minas de la Universidad Autónoma de Zacatecas, dejaron constancia de sus mensajes de duelo.

También lo hicieron el Instituto de Estudios Educativos y Sindicales de América, el SINTCB del Colegio de Bachilleres, el Centro de Estudios para la Reforma del Estado y, naturalmente, el Instituto de Estudios para la Transición Democrática del que Pablo fue fundador y presidente pero sobre todo, se decía allí, "dirigente social destacado, mexicano comprometido con la democracia, gran amigo y compañero".

El diario *unomásuno*, en el cual colaboró durante varios años, dio noticia del fallecimiento con foto en primera plana y el anuncio de un artículo que sintetizaba la trayectoria política de Pablo, que se publicó junto a una esquela personal del director de ese periódico y una más, de Editorial Uno, S.A. de C.V. *La Jornada* colocó en su "Rayuela" de la contraportada un crespón luctuoso encima de la nota que daba cuenta del fallecimiento de este "catedrático y ex diputado". *Crónica* incluyó una esquela de sus directivos y trabajadores y en la nota informativa decía, escuetamente, "Falleció el economista Pablo Pascual Moncayo". *El Nacional* incluyó una esquela de la Dirección y los trabajadores de ese periódico.

Algunos amigos publicaron expresiones de despedida. Desde Guadalajara, Fabián, Rosa y Asmara; Antonio

y Tere y al día siguiente Arturo y Tere Whaley hicieron publicar el mismo, puntual mensaje: "Hasta luego Querido Pablo".

El miércoles y en los siguientes días aparecerían, entre otros, recuadros luctuosos del Comité Ejecutivo Nacional del Partido de la Revolución Democrática, de Fernando Ulibarri y familia, del gobernador de Coahuila Rogelio Montemayor y del gobernador de Tlaxcala y su familia.

Dedicatorias y recuerdos

Algunos de quienes tenemos oportunidad de escribir en la prensa, dejamos testimonio de recuerdo y cariño por Pablo.

"Con mi despedida triste", dedicó su artículo del martes en *La Jornada*, José Blanco. Del mismo gremio José Yuste apuntó, al cabo de su columna de ese mismo día, en *Crónica*: "Muchos lo recordaremos por su agudo sentido del humor, por su dirigencia política en varios frentes de la izquierda mexicana, por su irreverencia de siempre, o hasta por sus clases de historia económica. Lo único seguro es que lo recordaremos como un fraternal amigo y compañero en todas las circunstancias". En ese diario, el columnista Fidel Samaniego dedicó unas líneas finales a preguntarle a Pablo: "¿Te fuiste con tu sonrisa? ¿Qué se siente dejar sólo buenos recuerdos?", y nos anticipaba, a los amigos más cercanos, que algo habría de calma en la alegría que Pablo desparramaba. Ese martes, en su "Plaza Pública" de *Reforma*, Miguel Ángel Granados Chapa informó del deceso en una breve y correcta nota biográfica, sin un sólo adjetivo personal.

En *El Financiero* del miércoles 23, Jorge Fernández Menéndez anotó para su columna "Razones" un preciso epígrafe: "Para Pablo Pascual Moncayo, que se fue antes de tiempo". En *El Nacional* de ese día, Renward García Medrano le dedicó su artículo.

Día tras día, amigos de Pablo incluso más allá del conocido circuito de incondicionalidades y complicidades forjadas en una amistad tan sólida como a prueba de aborrecimientos externos y vicisitudes domésticas, expresaron recuerdos públicos. Rafael Cordera Campos, el jueves 24 en su artículo en *Crónica* pudo asegurar: "Pablo sigue entre nosotros por lo que hizo y por lo que dejó de hacer. Porque nos enseñó a mirar hacia adelante con seguridad y optimismo respecto al futuro democrático de México". Allí mismo, ese día, Ramón Sosamontes deploró la muerte de Pablo. Ricardo Aguilar Gordillo dedicó su artículo en *El Nacional*, "en memoria del entrañable amigo". En *El Financiero*, Jesús Ortega abrió su colaboración con dos líneas: "En memoria de Pablo Pascual Moncayo, amigo y compañero" y allí mismo, Alfonso Vadillo dedicaba su texto: "A Pablo Pascual".

El viernes, en primera plana de *unomásuno*, Jaime Rivera Velázquez ofrecía su texto semanal a Pablo, "el luchador social, el intelectual, el amigo" y dos páginas más adelante, Ricardo Espinoza Toledo. Lo mismo hacía Luis Lara Tapia en *El Nacional*. En *Crónica*, María Emilia Farías brindó: "A Pablo Pascual Moncayo, entrañable amigo y rockero de corazón".

El domingo 27, Aníbal Gutiérrez Lara le puso a su análisis sobre la situación sindical, un epígrafe que sólo entenderán los amigos de Pablo, es decir, una respetable

multitud: "Para Pablo Pascual Moncayo, 'Dantón', por el compromiso con la justicia, con las mejores causas sociales, con la democracia, el humor y... 'porque nadie en la vida hizo tanto por las mujeres con tan poco'".

El 28 de abril en *El Economista*, César Augusto Santiago concluyó su columna con la siguiente remembranza: "Murió Pablo Pascual Moncayo, compañero en la LIII Legislatura, hombre digno, limpio y brillante. Me consideraba su amigo. Disfrutaba mucho su talento y su grato sentido del humor. Su ausencia me duele y lamento muchísimo que ya no podrá seguir aportando al debate de todos estos temas, que con tanto talento él siempre abordó". Ese día, en *El Financiero*, Jorge Meléndez abrió su semanal "Botica", "en recuerdo del chispeante Pablo Pascual Moncayo".

También esa semana apareció en su artículo de *El Nacional* la dedicatoria de José Luis Victoria Toscano: "En memoria de Pablo Pascual Moncayo. Campeón del buen humor y del amor a la vida" y en *Crónica*, Pablo Arredondo también destinó un epígrafe. Ayer, lunes 5 de mayo, Hermann Bellinghausen dedicó su colaboración para *La Jornada*: "Para Pablo Pascual con cariño en la memoria, veinte años después de nuestra huelga, rota por la policía".

En el semanario *etcétera*, Francisco Báez Rodríguez destinó el jueves 1 de mayo varias líneas a un enterado recuerdo de Pablo, en donde rescata un concepto fundamental para entender y designar a este grupo de amigos, Los Cuates, del que él era centro indefectible: "Por eso su pérdida es muy colectiva", explica. Báez ofrece una antología mínima de frases representativas de la contundencia verbal que tanto nos prodigaba Pablo. Por ejemplo,

cuando estábamos fundando el MAP en enero de 1981, este argumento definitorio: "Si nos llamamos Convergencia Popular, vamos a ser el CP, o sea el PC al revés". O cuando hace dos años se supo del cáncer que tenía en el cerebro: "Me pasó por leer el Plan Nacional de Desarrollo". O, en 1986, en un cubículo de esta Facultad de Economía: "De la vida todo vale la pena, cabrón. Pero lo que realmente vale la pena son mis hijos".

Coordenadas recurrentes

Cada uno de nosotros tiene su propio repertorio de anécdotas y citas citables con y de Pablo. En los artículos que se publicaron sobre él en las dos semanas recientes, se manifiesta cómo cada quien tenía y tiene su imagen de Pablo, si bien en todas ellas concurren la reivindicación de la ética política y la capacidad para vivir la vida con intensidad y gusto.

En *unomásuno* del martes 22, un artículo firmado por Vicente Serrano esbozaba la biografía política de Pablo, recordando su "gran ingenio organizativo y una notable creatividad política".

Gustavo Hiraes, en *El Nacional*, publicó el 23 de abril un afectuoso, a la vez que analítico acercamiento al perfil político de Pablo, desde la perspectiva de quien primero lo conoció como contendiente en las épocas de fundación del PSUM y luego como aliado, en las coincidencias que los diferenciaban de la izquierda testimonial.

Adolfo Sánchez Rebolledo escribió para *La Jornada* del jueves 24 un recuerdo emotivamente dolorido en el que, precisamente, sintetiza las coordenadas recurrentes en nuestras imágenes de Pablo: "La vitalidad, el humor, la

fidelidad y la inteligencia política y carismática". La madurez personal y política junto con la preservación de la frescura juvenil, que en toda circunstancia practicaba la solidaridad gregaria —en y con los cuates— y que abrevaba en la siempre reivindicable vertiente narvartiana.

El viernes 25, en *Crónica*, una carta de Pedro Alcántara Aguilar representó la sensación de rabia y pasmo que nos envolvió a muchos de nosotros: "La desaparición física de Pablo Pascual Moncayo, amigo entrañable, no nos deja más posibilidad que el lamento y un sentimiento profundo, mezcla de cólera e indefensión". Alcántara hizo allí un compromiso que no le costará trabajo cumplir: "Pablo, cada vez que sonría, cada vez que pueda demostrar amistad a alguien, cada vez que pueda hacer algo por mi país, me voy a acordar de ti".

Otro artículo acerca de nuestro amigo, "Hasta la vista Pablo" se titula, lo escribió Carlos Castillo Peraza que, en *Proceso* del 27 de abril recuerda la vitalidad de Pascual: "en las manifestaciones y las luchas del sindicalismo universitario, en las tareas de militancia política, en el debate con quienes no compartíamos sus convicciones y sus opciones, en las relaciones de amistad, en las broncas, en la cátedra, en las reuniones del Instituto de Estudios de la Transición..., frente a la copa y frente al pizarrón".

Federico Novelo escribió, para *unomásuno* del 28 de abril, la historia de sus comunes trayectorias políticas, desde el activismo universitario en la Escuela Nacional de Economía, hasta la antiolemonidad con que fue posible vivir en y luego junto a las izquierdas dogmáticas y epopéyicas. Bondad y franqueza, dos cualidades capitales en Pablo, son mencionadas junto a "la inigualable temeridad



Los difíciles años 80: marcha en defensa del SUTIN

de su valentía extrema”, “la solidaridad ilimitada que supo dispensar...”, “la vida rodeada de amor y por el amor, y el valor extraordinario que supo otorgar a la amistad”.

“Homenaje a un compañero”

¿Qué generosidad deslumbrante hacía posible esa convergencia de afinidades y afectos? El día del velorio acudieron centenares de amigos y conocidos. Allí mismo, las ofrendas florales daban testimonio de la impresionante pluralidad de aprecio que Pablo, con su impulsiva y genuina espontaneidad, llegó a construir. Otros más llamaron por teléfono, enviaron mensajes, se quisieron hacer presentes en una despedida que ha sido y es inevitablemente triste si bien, tratándose de Pablo, es imposible no recordar su enorme capacidad de gozo, gozosamente. El recuento que he presentado apenas rescata menciones y textos en la prensa, pero desde luego en estos días se han dicho —y sentido— muchas cosas más sobre nuestro amigo Pablo.

Dirigentes de la izquierda tenaz y de la actual centro izquierda, gobernantes y personajes de primera fila del poder político y del PRI, secretarios de Estado y legisladores, el panista más relevante en estos días, periodistas de diversas trayectorias profesionales, directivos de universidades y de organizaciones sindicales, medios de comunicación y colegas del heterogéneo mundo político, amigos a granel y todos, con un recuerdo o, mejor dicho, con abundancia de recuerdos amables: la nómina de beneficiarios de la simpatía inteligente de Pablo, es más que descriptiva de esa capacidad no sólo de convocatoria, sino de solidaridad y cariño. Y no me refiero únicamente a la

amistad sustentada en la bondad, atributos que sin duda todos reconocimos en Pablo. La diversidad de opiniones e incluso trayectorias de quienes han deplorado en público el fallecimiento de Pablo Pascual, es indicativa de su rasgo, en ese orden, más relevante.

Pablo era, antes que nada y gracias a todo, un hombre profundamente político. Pero no de la política entendida como la búsqueda a toda costa del poder, sino para reivindicar principios que, en su caso, eran tan conocidos como nobles.

La capacidad de Pablo para llevar una vida pública que transcurría con tanta intensidad como su vida personal, tenía como hilo conductor, junto a las convicciones políticas, ese encanto individual que cada quien gozó, compartió o padeció de distintas formas y que en la prensa de estas dos semanas, ha quedado plasmada en términos tan variados como los que hemos transcrito.

Me he valido de las voces y las líneas de otros para hacer este ofrecimiento deshilvanado antes que nada porque, precisamente, son muchas y muy significativas voces. Yo mismo escribí hace dos semanas algunos recuerdos de Pablo, pero hay cosas que uno escribe para ser leídas en silencio y me costaría mucho trabajo decirlas en voz alta.

Me valgo, para concluir, de otra voz, que hace algunos años, en recuerdo de otro amigo nuestro que se fue, dijo lo siguiente:

"Compañeros: no es la primera vez que estamos juntos... Es difícil dirigirles la palabra, es difícil porque se pretende hablar y hacer homenaje a un compañero... que encarnó el significado de la dignidad obrera, que encarnó el significado del destino del proletariado, que nos ense-

ñó... que en este país, como él diría, habría un porvenir luminoso para el proletariado...

"... lo recordaremos siempre... porque estamos convencidos que los trabajadores de este país... podremos salir avantes... (él) nos demostró con su ejemplo que los líderes de este país pueden ser rectos, pueden mantenerse en la línea del destino del proletariado. Y como él, estamos convencidos, ¿Venceremos!".

Estas frases las dijo Pablo Pascual Moncayo en el homenaje que se improvisó al día siguiente de la muerte de don Rafael Galván, el 4 de julio de 1980.



Arriba: con Alejandro Pérez Pascual, Eliezer Morales y Nicolás Olivos
Abajo: con Carlos Fernández del Real,
Ricardo Moreno Botello y Erwin Stephan Otto

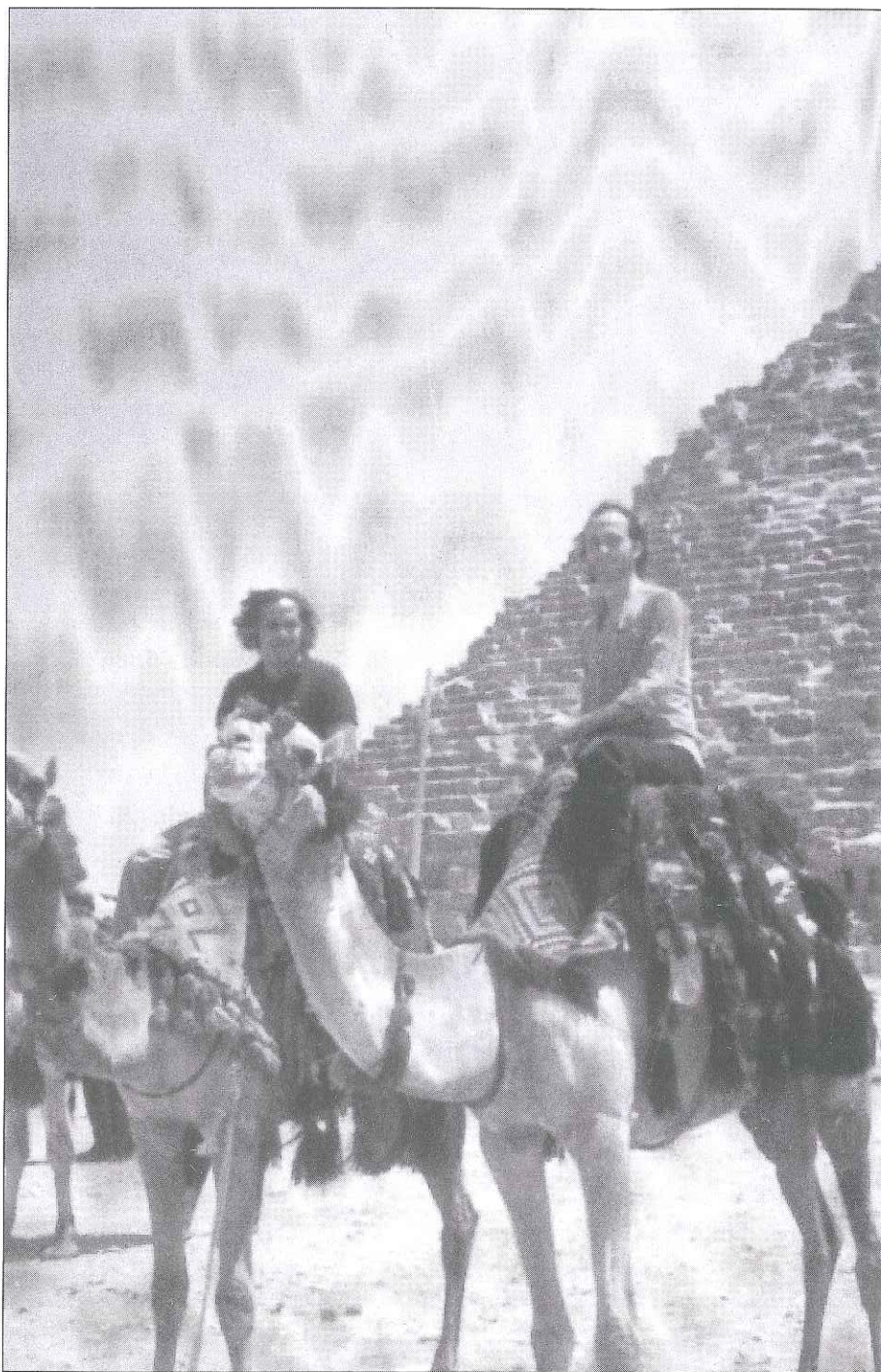
Jesús Néquiz y Antonio Vital

Recordatorio

Compañeros y compañeras:

Nos vemos impedidos para acompañarlos físicamente en el homenaje al profesor Pablo Pascual, pero no queremos dejar de manifestar nuestra consternación ante su muerte y evocar la camaradería que compartimos con él hace 20 años, cuando juntos recorrimos caminos en la construcción de un sindicalismo democrático y autónomo del Estado en nuestro país, nosotros en el Hospital General (sección XIV del Sindicato Nacional de la Secretaría de Salubridad y Asistencia), Pablo Pascual en el sindicalismo universitario.

Fraternalmente.



Al pie de la pirámide de Keops, con Erwin Stephan Otto

Héctor Aguilar Camín

Pablo Pascual Moncayo

La muerte es siempre prematura. Lo ha sido de varias formas en el caso de Pablo Pascual Moncayo. Por sus pocos años adultos cumplidos. Porque no había acabado de recoger los frutos del camino fraterno que supo hacer en el corazón de sus amigos. Porque su corta enfermedad no había terminado de acostumbrarnos a la idea de su muerte. Porque no alcanzó a ver el México progresista y parejo en cuya búsqueda empenó sus afanes políticos.

La muerte, también, es siempre inesperada, aun cuando, como en el caso de Pablo, se anuncia con pasos visibles. Creíamos siempre, creí yo que habría tiempo para acompañarlo, que había más tiempo del que había.

Pensando que habría tiempo, no fui a verlo, y me duele por ello, en su enfermedad, ni en el tramo final de su partida. Un azar viajero me impidió estar en su velorio. No supe de su deterioro, ni atestigüé su derrumbe. Me duele por ello.

Pienso, justificándome, que era una forma de negarme a la evidencia de su muerte. Una forma adolescente, que acaso Pablo hubiera entendido, de contener el hecho, de negar el hecho de su enfermedad y de nuestros años cumplidos, una forma fantasiosa de apostar por su vida,

de apostar que el poder de su vida podría más que las razones incontestables de la enfermedad y de la muerte.

Mi omisión tiene ahora la virtud de que lo recuerdo sin caídas, joven en su primera edad adulta, y joven para siempre en mi memoria, sin pizca de dolor ni de flaqueza. Lo recuerdo con su sonrisa cómplice y bravera, inquiriendo al sesgo para llegar al fondo, como diciendo con la mirada y con el balanceo impaciente de su cuerpo: "Fíjate bien lo que contestas, cabrón. Estoy de tu lado. No más no mames". Nadie tenía como Pablo la capacidad de decir, sin ostentar: "Estoy contigo. Pero no mames".

Tuve con Pablo Pascual una amistad larga e intermitente, incuestionable y tácita. Tenía, como amigo, la enorme virtud de ser del tamaño de nuestros defectos, un pecador promedio, imperfecto y risueño, dispuesto a asumir a los demás con la misma naturalidad bravucona y sentimental con que se asumía a sí mismo, sin otras pretensiones que las de ofrecer el espejo solidario de su humor, tras el cual se escondía una amistad de aguas profundas y superficies juguetonas.

Ahora que se ha ido, entiendo el tamaño de esos afectos contenidos que nunca alcanzaron a manifestarse del todo, guiados como estaban por una absurda y genuina reticencia varonil.

Nadie bailaba rocanrol como él, dijo una amiga. Nadie estaba mejor dispuesto a acompañarte en una bronca que él, dijo un amigo. Su recuerdo, intocado por la enfermedad o la muerte, mejora mis recuerdos, ennoblece mi memoria. Es el único remedio a la mano para su ausencia.

Publicado en *Proceso*, 11 de mayo de 1997

Gabriela Becerra Enríquez

Para Pablo, un breve texto sobre el amor

Todos los que te conocimos, Pablo Pascual, sabemos que la fuerza fue tu máxima virtud y dicen los que saben que esa fuerza portentosa que tú poseías está reservada sólo para los grandes: aquellos que crean grandes obras, los que viven grandes vidas, los que se hacen grandes preguntas, los que saben enseñarnos lo grandioso de esta vida. Los dioses te vieron tan fuerte, Pablo, que quisieron equilibrarte con otra gran virtud; y te hicieron también un hombre bueno para que pudieras conmoverte de los pobres, para que supieras pelear por la justicia, para que siempre defendieras a tus cuates y cuidaras amoroso de tu madre.

Sí, tú fuiste esa afortunada y rara combinación que te hizo ser esa persona excepcional, atractiva y entrañable a quien la buena fortuna puso en medio de mi camino.

Dicen también que somos un poco la gente con la que hemos vivido y un poco la gente que hemos visto morir. Yo soy ahora un poco tú, me dejaste impregnada, bañada, cubierta de ti, preñada de ti para siempre.

Irrumpiste en mi vida como irrumpen los huracanes, contundente y definitivo. Te llevé al Tajín y te conté mi vida, me llevaste al mar y me contaste la tuya; patru-



Con Gabriela Becerra (1996)

llamos París y el jardín de mi infancia; visitamos Uxmal, Xochicalco y Tonanzintla; nos dijimos secretos una tarde amarilla de Izamal, sufrimos la espesura el sol implacable de Chichén, el viento seco en el majestuoso paisaje de La Quemada, la triste lluvia en el viejo Chartres; escuchamos a los Stones en el estadio de Oakland, a Paul Simon en el Auditorio Nacional, bandas de jazz en los bares neoyorquinos y sones jarochos en la plaza de Veracruz; contemplamos reverentes los murales del Giotto en Padua y de José Clemente Orozco en el Hospicio Cabañas; agradecemos los azules de Monet como la luz indescriptible de los cuadros de Renoir. Nos prendieron los urbanistas norteamericanos, los arquitectos venecianos, los constructores de Palenque, los artistas anónimos de Cacaxtla; nos aislamos del mundo en las muchedumbres de Roma y maravillados recorrimos Florencia, como maravillados supimos recorrer cada parte de nuestros cuerpos. Compramos pimienta en el mercado de Mérida y un collar de plata en Zacatecas; fuimos a ver los pájaros a Celestún, las ballenas a Guerrero Negro; bebimos mucho mezcal en Oaxaca y mucho vino tinto en Madrid. Admiramos a la mujer más hermosa del mundo en Isla Mujeres, nuestro refugio invernal. Soñamos con Samarcanda, con Yaxchilán, con ir a conocer Tikal. Viajamos hasta Turín, con mal tiempo y agripados, sólo para volver a platicar con un amigo, porque así eras tú, sabías querer muy bien a tus amigos. ¿De qué materia estabas hecho, señor, que parecías no cansarte nunca?

Viajaste mucho, Pablo, conmigo y sin mí, antes de mí. Y sin embargo, pocos tan defeños como tú, chilango anclado a tu ciudad, a ese tu amor al que siempre le guardaste fidelidad.

Cuánto bailamos, cuánto comimos y cuánto bebimos en las casas de tantos amigos, cuántos amaneceres nos sorprendieron hablando, discutiendo o coincidiendo con los amigos. ¡Tantos amigos! ¡Qué intensa la vida en un soplo de vida!

La muerte estuvo asechándonos durante los años más largos de la vida, y furiosos de amor y de deseo quisimos espantarla. Supimos entonces de la complicidad que dan los miedos, de la pesada carga del dolor, de los trastornos que traen las penas, de palabras inombrables, de la rabia y la confusión.

Hasta que un día nos descubrimos con una certeza nueva: con la confianza plena del amor. Renovados, frescos, protegidos del exterior, decidimos hacer otro viaje y cambiar de posición. Abrimos los rincones más guardados de nuestro ser, las ternuras escondidas, los cariños custodiados, las palabras postergadas. Vivimos noches apacibles, tardes de calma; platicamos de las niñas, de las lagartijas, de la serena luz de nuestra casa, de la tibia tranquilidad de nuestra cama y comprendimos que todo momento de esta vida tiene una gran magia escondida.

Malos presagios tuvimos desde hacía tiempo, pero te fuiste en abril. Te tuviste que ir en abril para confirmar que abril es el mes más cruel, a pesar de que haya tanta jacaranda en flor, a pesar del dulce sabor de los mangos, de los cálidos atardeceres de la primavera.

General en mil batallas, señor de cien amores, viajero formidable, ¿qué viaje raro hiciste ahora que ni siquiera me avisaste?

Espero a que regreses y desespero, salgo a la calle para calmarme un poco, vagueo sin rumbo fijo, me pierdo

entre tanta, tanta gente y compro naranjas para tu sed inerte. ¡Qué extraño es todo esto! ¿Qué es eso de la muerte? ¡Qué presencia tan fuerte es tu ausencia Pablo!

Regreso a casa para mirar tu foto, tu enorme libro rojo, tu camisa azul para ligarme; me serena pensar en tu sonrisa, guapo mío, amado mío, amante y esposo mío. Me abandono al recuerdo de lo nuestro y disfruto cada instante lo vivido.

Deambulo por la casa ya muy noche y dejo que me lleguen las vivencias como sabias consejeras del cariño. Todo en ese instante es agradable como un eco de la música de Lennon, como las palabras de Cortázar en *Rayuela*, como la imagen de Marcello en *Il Compagni*, como el olor de la leche derramada, como la mirada protectora de mi padre; así es tu ausencia, amor, a esa hora en que no logro conciliar el sueño y nadie sabe decirme dónde hallarte.

No sé qué será de mí, Pablo; simplemente, humildemente, como dice el maestro Sabines, seguiré levantándome temprano, para esperar diariamente la vida.

Publicado en *etcétera*
15 de mayo de 1997

Gaceta Economía
23 de mayo de 1997

I N D I C E

Aclaraciones	
Pablo Pascual Moncayo	7
Mi hermano Pablo Pascual	
Raúl Trejo Delarbre	11
<i>In memoriam</i> Pablo Pascual Moncayo	
Vicente Serrano	15
Pablo Pascual Moncayo	
Gustavo Hiraes	17
Un mexicano valioso	
Iván García Solís	23
Pablo	
Adolfo Sánchez Rebolledo	25
Pablo Pascual Moncayo	
Raúl Trejo Delarbre	29
Evocando a Pablo Pascual	
Federico Novelo U.	35
Pablo, amigo entrañable	
Pedro Alcántara Aguilar	39
Hasta la vista Pablo	
Carlos Castillo Peraza	41
Pablo Pascual, un recuerdo	
Francisco Báez Rodríguez	45

Pablo Pascual, la UNAM, el PMS	
Julián Andrade	47
Adiós Pablo	
Luis E. Olvera Rosas	49
Pablo Pascual	
Rafael Cordera Campos	53
Nuestro gran cuate	
Luis Salazar C.	59
Morimos también un poco	
José Woldenberg	65
Pablo Pascual y la política: primera aproximación	
Rolando Cordera Campos	67
Para Pablo Pascual:	
de los "mamuts" a nuestros días	
Eliezer Morales Aragón	73
Una cadena de afectos	
Raúl Trejo Delarbre	79
Recordatorio	
Jesús Néquiz y Antonio Vital	91
Pablo Pascual Moncayo	
Héctor Aguilar Camín	93
Para Pablo, un breve texto sobre el amor	
Gabriela Becerra Enríquez	95

Créditos fotográficos

Páginas 8-9	Julio Ríos
Página 10	Marco Antonio Cruz/imagenlatina
Página 20	Del archivo personal de Manuel Martínez Julio Pliego
Página 22	Marco Antonio Cruz/imagenlatina
Página 28	Alberto Carrillo Del archivo personal de Adolfo Sánchez Rebolledo
Página 34	Del archivo personal de Pablo Pascual
Página 40	Del archivo personal de José Woldenberg
Página 43	Adolfo Sánchez Rebolledo Ulises Navarrete
Página 48	Luis Emilio Giménez Cacho
Página 56	Alberto Pulido A. Del archivo personal de Eliezer Morales Aragón
Página 57	Del archivo personal de Eliezer Morales Aragón Eloy Valtierra/Cuartoscuro
Página 60	Antonella Attili
Página 64	Del archivo personal de José Woldenberg Del archivo personal de Raúl Trejo Delarbre
Página 66	Marco Antonio Cruz/imagenlatina
Página 72	Del archivo personal de Erwin Stephan Otto
Página 75	Del archivo personal de José Woldenberg Pedro Valtierra/Cuartoscuro
Página 78	Julio Pliego
Página 86	Luis Humberto González/SILVA
Página 90	Alberto Pulido A. Alberto Pulido A.
Página 92	Del archivo personal de Pablo Pascual
Página 96	Ana Laura Pascual Patiño

Pablo Pascual en la memoria de sus amigos
se terminó de imprimir en octubre de 1997
en los talleres de Desarrollo Gráfico Editorial,
Municipio Libre 175, Col. Portales
03300, México, D. F.
La edición consta de 1000 ejemplares